AÑO III — BUENOS AIRES, 9 DE JUNIO DE 1924 — No. 125

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

SUBASTA DE BRAZOS

Se realizó en Roma, bajo la vigilante mirada de Mussolini, un congreso internacional de emigración e inmigración. Y fué el dux, como jefe del gobierno que provee, en mayor cantidad, de carne barata al mercado mundial de brazos, el que pronunció las palabras inaugurales y a la vez dió el esbozo de un programa negrero para regularizar las emigraciones europeas a tierras de conquista...

En Roma no se ha resuelto el problema de la emigración e inmigración. Pero los delegados de los países proveedores de brazos, en un último esfuerzo para conservar el carácter ético y racial de las "colonias" de ultramar — colonias de inmigrantes radicados en América —, discutieron largamente el valor de los denominativos que diferencian a los que abandonan el país de origen para radicarse en otro país. ¿Hasta dónde es emigrante y cuándo puede ser considerado inmigrante? Emigra el que abandona su pueblo natal, su hogar, para establecerse en otras tierras; inmigra el que llega a una región que no es la de su nacimiento y allí se radica para entregarse a una labor permanente, identificándose por lo mismo con el uso y las costumbres de sus habitantes.

Son éstas, como se ve, nociones simples, que no ignoran los colegiales de segundo grado, pero que en la conferencia internacional de emigración e inmigración promovieron una polémica jurídica y lingüística que duró varios días. ¿Estaba en el valor de esos denominativos la solución del problema emigratorio? Se comprende que no. Pero los gobiernos europeos, y principalmente el italiano, mantienen una larga disputa en torno a la doble nacionalidad: pretenden que el inmigrante conserve, en el país en que vive, su condición jurídica de italiano, español, francés, ruso, alemán, etc., formando algo así como grupos raciales o idiomáticos inconfundibles con el autóctono.

Para los colonistas europeos, América sigue siendo un país de conquista. Reconocen la soberanía de los gobiernos criollos, pero pretenden establecer una especie de extraterritorialidad para sus "colonias" que no se limita a los inmigrantes originarios de un determinado país, sino que abarca también a la descendencia criolla de esos trabajadores que jamás volverán a su famélica patria.

La subasta de brazos, si se descarta esa inocua discusión jurídica, tuvo en la conferencia de Roma un mercado excelente. Los delegados de los países de emigración ofrecieron toda clase de garantías al emigrante: facilidades para embarcar, pasajes baratos, comodidades a bordo, garantías para las mujeres y los niños... Y ese ofrecimiento tiende precisamente a fomentar la emigración en la Europa paupérrima, ya que los países como Italia sólo pueden solucionar sus problemas internos lanzando en los vientres de hierro de los transatlánticos su enorme excedente de brazos y de bocas.

América es la Jauja soñada por el paria europeo. ¿Por qué no alimentar esa ilusión? Las migraciones se realizan actualmente mediante la recluta de poblaciones campesinas cansadas de escarbar la entraña estéril del viejo terruño. Y los agentes negreros, al servicio de las compañías de navegación y de los gobiernos repobladores... se encargan de pintar con brillantes colores estas tierras vírgenes que esperan el brazo macho que las aprisione y la semilla viril que las fecunde.

En Roma no se planteó el problema de la inmigración en su aspecto económico. No discutieron los delegados las condiciones del inmigrante que llega a estas tierras ilusionado con la fácil conquista de un bienestar. ¡Ah, no, que conserven su ilusión los argonautas que piensan conquistar para el trabajo las tierras vírgenes de América!

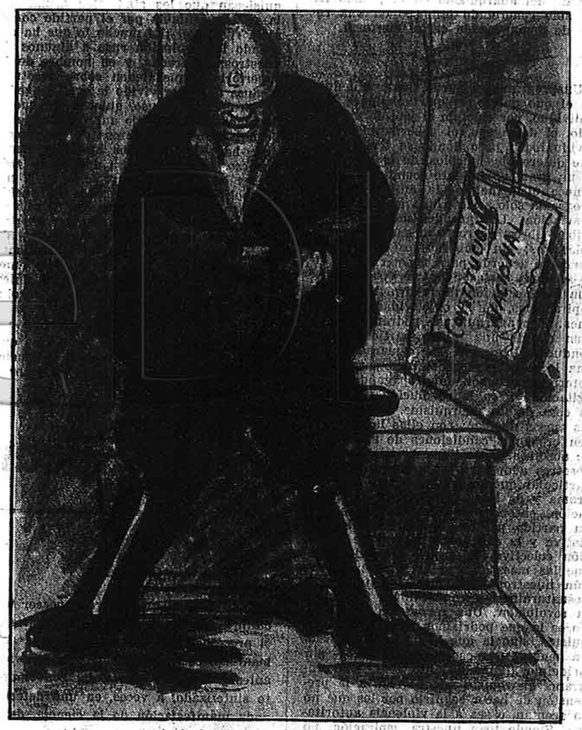
Si los gobiernos proveedores de brazos ponen reparos a la emigración, Europa no se descongestiona. La guerra fué un horrible sacrificio de vidas, una espantosa carnicería de hombres; pero sobran muchos brazos y muchas bocas en los países que, si carecen de suelo fértil y de industrias provechosas, poseen en cambio demasiadas hembras fecundas. Y ese es el problema de Italia y de España, las dos conejas latinas que surten de carne barata el mercado internacional de brazos.

Los delegados reunidos en Roma se dieron por satisfechos con haber definido el valor de las palabras emigrante e inmigrante. Con la solución de ese entredicho lingüístico ya pueden emigrar las poblaciones paupérrimas y lanzarse a la conquista de América. ¿Que nadie protegerá al inmigrante contra la inícua explotación de los "facendeiros" del Brasil, de los terratenientes de la Argentina, de los gamonales del Perú, de los señores feudales que imperan soberanos en toda América? La cuestión es arrojar de Europa el excedente de población y repoblar con ella las pampas y las selvas americanas. Y para eso se realizó la conferencia de Roma y pronunció Mussolini el discurso inaugural.

De seguro que ahora aumentará la subasta de brazos en el mercado europeo. América recibirá la carga de carne barata que transportan los barcos negreros y la arrojará a los lobos hambrientos del capitalismo. Y las tierras vírgenes no se entregarán al brazo robusto del obrero europeo ni recibirán la semilla fecunda del trabajo libre y provechoso.

Y esa dolorosa realidad tendrá mucho más valor para el inmigrante que todas las discusiones internacionales mantenidas por los gobiernos en torno a la subasta de brazos.

EN TODAS PARTES:



No sirven para otra cosa las libertades... escritas.

Nuestro próximo número en conmemoración de la muerte de Kurt G. Wilckens

Como ya hemos anunciado, el próximo número del SUPLEMENTO será dedicado a la memoria de Kurt G. Wilckens.—

A continuación transcribimos algunos de los títulos de los trabajos que se insertarán en ese número:

El caso Wilckens. — De la tragedia de la Patagonia a la muerte del teniente coronel Varela. — Kurt G. Wilckens. — La tragedia del 16 de junio de 1923. — La huelga general en la capital; la F. O. R. A. declara la huelga. — El asesinato de Wilckens y el proletariado del interior de la república. — Ecos del asesinato de Wilckens en el proletariado internacional. — Colaboraciones especiales para este número de M. Nettlau, D. A. de Santillán, A. Samblancat, Helios, J. de Cores, grabados alusivos, etc.

Supongamos que el gobierno no haga uso de su derecho, sea por convicción de su fuerza, sea por cálculo, y que se llegue, como sueñan algunos políticos socialistas, a constituir en el Parlamento una mayoría demócrata socialista. ¿Qué hará ésta? Aquí principia la verdadera dificultad. Ha llegado el momento de reformar la sociedad y el Estado. La mayoría toma un acuerdo que formará época en los anales de la historia universal, los tiempos nuevos han llegado... ¡Nada de eso! Una compañía de soldados arrojará la mayoría demócrata socialista fuera del templo y si estos señores no obedecen fácilmente, algunos policías los conducirán bonitamente a la prefectura donde tendrán tiempo para reflexionar sobre su quijotesca actitud.

LIEBKNECHT

Los problemas del futuro

Parece que hubiese una contradicción entre nuestra idea del factor de la voluntad en la revolución y la resistencia a la elaboración de planes para el mañana. Si se ejerce el poder de la voluntad es prueba de que se tropieza con un obstáculo y de que se desea algo, pues la tensión de la voluntad en el vacío es inconcebible. Donde se expresa la voluntad del hombre existe un deseo, un anhelo, una aspiración. Los anarquistas no creemos en la fatalidad ni en el maná celeste y laboramos tenaz e incansablemente por la creación de un nuevo mundo social. Ningún partido llamado revolucionario pone en la escena de sus actividades tantos sacrificios en pro de sus fines, ningún movimiento social puede compararse al anarquismo en los tiempos modernos por su abnegación, por su firmeza, por su vigor indomable, por su fuerza de voluntad. Pero las aspiraciones de los anarquistas son de tal naturaleza que no pueden concretarse en el articulado de un programa político. Estamos tan acostumbrados a juzgar los modernos partidos de acuerdo a lo que exponen en sus programas que no nos es del todo fácil acomodarnos a la idea de que el anarquismo no tiene y no puede tener un programa propio. ¿Qué es lo que quieren los anarquistas? Los anarquistas quieren que la vida social entre en una fase de desenvolvimiento natural, sin coaciones, sin frenos artificiales, sin limitaciones a su expansión, es decir quieren una nueva sociedad en que la vida disfrutará de plena libertad para su desarrollo progresivo. ¿Se podría fijar en un programa lo que quieren los anarquistas? Con algún esfuerzo no nos sería del todo imposible formular algunas reclamaciones generales, pero jamás podríamos agotar nuestras aspiraciones ni ponerles un límite. Cuando se traza un programa se traza un límite, y en el problema de la verdad, de la belleza, de la libertad no hay límite ni canon alguno; y esa infinitud de nuestras aspiraciones está muy lejos de castrar la voluntad. ¿Es que el artista verdadero se guía en su creación de la belleza por los estatutos de una academia? ¿Es que cesa en su investigación de lo bello desde el instante que advierte que no se ha trazado un camino previo, ni ha definido de antemano los caracteres de la belleza que busca? Una obra de creación como la que elabora el movimiento social anarquista no es el resultado de una idea filosófica o política que los adeptos estudian en un catecismo, sino un fruto de la evolución misma de la vida. El movimiento social cristiano que conmovió la tierra carecía de programas, y sin embargo sus mártires se cuentan por millares, por centenares de millares; cuando estableció un programa, entonces apareció la iglesia y el movimiento social primitivo, tan vigoroso, sucumbió por falta de savia vital. Se dirá que el movimiento cristiano era un movimiento religioso y el movimiento anarquista es un movimiento revolucionario; pero a esto responderíamos que los mismos elementos fundamentales que movían las masas de hace veinte siglos hacia la conquista de un mundo mejor, son los que mueven hoy al proletariado en su lucha por la abolición del Estado y del capitalismo.

No porque falte el programa falta la voluntad ni el objeto de las más vastas actividades y de los más penosos sacrificios. Si la libertad no es algo concreto, algo que pueda encerrarse en la cárcel de un programa, ¿cómo es posible que los que buscan la libertad quieran desnaturalizar su sublime aspiración reduciendo, concretando lo infinito? La única cláusula de nuestro programa, si queremos uno, es la conquista de la libertad. Si para las mentalidades de partido o de secta no es bastante concreto, para nosotros encierra cuanto hay de más bello y de más grande en la vida. La conquista de la libertad es un programa sin articulado, sin párrafos y subpárrafos y notas; es la bandera más amplia que haya flameado jamás en la historia. Y una prueba de que no es vaga, de que no es un ensueño, de que contiene aspiraciones prácticas y concretas, es que tiene la virtud de suscitar y poner en tensión la voluntad de millones de seres. Si enarbolásemos una bandera que llevara por divisa subir a la luna, se nos encerraría en un manicomio; pero si inscribimos en nuestro estandarte el lema de la conquista de la libertad, millones de hombres responden al llamado y se presentan en la arena del combate. Y es que no se quiere más que lo que es posible, *la voluntad no se pone en tensión más que en el terreno de las posibilidades*. Nuestro movimiento crece de día en día. Aún sobreviven algunos viejos camaradas de la época en que los adeptos del anarquismo en un país se contaban con los dedos de la mano o cabían en el banco de una plaza, como diría Eça de Queiroz. Medio siglo más tarde ya no nos sería posible llevar un registro de todos los que en cada país defienden la bandera de la conquista de la libertad. Hubo ciertamente progresos, no tantos como hubieran sido de desear, pero los hubo y bien evidentes. Sin embargo el programa del anarquismo en el pasado no ha sido concretado tampoco en una serie de demandas de cartel electoral.

Un programa se puede trazar allí donde el que quiere, el que anhela es un individuo, por ejemplo el jefe de un partido, el demagogo, el gobernante, el individualista; pero donde se trata de lo que quieren los pueblos, de lo que quiere un gran movimiento social que no reconoce el principio de autoridad, un programa solo sería o una trampa o una desviación. Las grandes masas no escriben libros, no razonan sus programas colectivos; sin embargo les ocurre ponerse de acuerdo para marcar en la vida con sus gestos unánimes y soberbios una manifestación de la firmeza de sus aspiraciones, de la objetividad de sus fines. Los anarquistas podremos muy bien definir una línea particular de conducta, llamar a los camaradas de una localidad y concertarnos para una determinada labor de propaganda y de agitación. Pero la revolución social no es cosa de los anarquistas, es cosa de las masas mismas; son ellas las que deben crear las condiciones de su vida y no nosotros. Si la línea de conducta que nosotros adoptamos para nuestra acción particular queremos que sirva de programa y de línea directriz en la revolución, entonces nos convertiremos en un partido político, limitaremos la iniciativa y la expansión natural de la acción colectiva, es decir pretenderemos que las masas hagan la revolución según nuestros postulados, y esto sería desnaturalizar y confiscar los frutos de la revolución. Una revolución libertaria no es la que podríamos hacer los anarquistas, sino la que hicieran las masas en general, — nosotros con ellas, — sin principio alguno de autoridad. El programa anarquista nos llevaría a la pretensión de hacer seguirlo por los que no lo aceptan, o sea a la violencia autoritaria. Siendo toda nuestra aspiración, no el construir con nuestras propias manos la sociedad del porvenir para todos, sino el aprovechar todas las ocasiones favorables para quemar las naves del regreso de las masas al viejo orden social a fin de que tengan que construir la vida en nuevas condiciones y de acuerdo a sus propias fuerzas, posibilidades y deseos, *los anarquistas no debemos ser los autores del nuevo orden social, sino los provocadores*. No diremos jamás a las masas: "la salvación está en nosotros, está en nuestro programa", sino: "la salvación está en vosotras, en vuestras propias manos, en vuestro propio cerebro".

Si nuestro programa teórico, para los que quieren el programa, sería la conquista de la libertad, nuestro programa de acción práctica consistiría *en provocar la acción espontánea e independiente de las masas*, en provocar sus actividades destructoras y constructoras. Lo cual equivale a decir que los anarquistas, o los "anarquizantes", — como nos llamaría el individualistaa E. Armand, — no somos un partido como quisieran algunos camaradas aficionados a los programas prácticos, porque no queremos someter a nuestra voluntad a nadie, ni somos tampoco, como individuos, un mundo en absoluto independiente, sino un fragmento, tal vez el más activo, de un vasto movimiento social.

Hace veinte o treinta años o más aparecían en nuestro movimiento hermosos cuadros de la sociedad futura, pero no eran considerados sino como estímulos morales que ponían más de relieve los defectos de la sociedad actual. Después de la revolución rusa se ha puesto de moda la cantinela de los programas anarquistas, las preguntas acongojadas sobre lo que haremos *al día siguiente de la revolución*. Muchos de nuestros camaradas *han aprendido mucho en la revolución rusa;* nos dicen que la realidad les ha hecho modificar muchas de sus concepciones viejas, y hoy los vemos preocupadísimos por el modo de organizar la cuestión de la vivienda, por ejemplo, para lo cual establecen una serie de comités, un aparato administrativo complejísimo, pero que, según ellos, resolverá en absoluto ese difícil problema; otros se sienten en el deber de preparar las fuerzas revolucionarias para el período de transición y quisieran que los sindicatos asumieran la misión asumida por el partido comunista ruso, etc. ¡Es mucho lo que ha enseñado la revolución rusa a algunos de nuestros camaradas, y en nombre de la superioridad que tienen sobre nosotros, a causa de haber vivido la gran tragedia del proletariado ruso, quieren que modifiquemos nuestro viejo anarquismo petrificado! Pero no acabamos de convencernos; hay algo que nos hace presumir que *esos camaradas han aprendido más de los bolchevistas cómo se toma el poder político que de las masas del pueblo cómo se destruye*. Una prueba de ello es que casi todos los constructores de programas anarquistas para el período de transición, han ignorado el movimiento [illegible]novista, que ha sido por un momento, no obstante sus errores, la única verdad, la única promesa de la revolución rusa.

Lo que antes se consideraban simples utopías instructivas, se quisiera que fuesen hoy programas reales. Y constatamos en ciertos anarquistas el temor a moverse sin saber cómo se han de llamar las calles y las plazas de la ciudad futura.

Sin embargo tengamos en cuenta una cosa. La revolución social no se hará por lo que digan los libros y los programas, sino por lo que dicte la experiencia colectiva, por los imperativos de las circunstancias, que no pueden ser previstas ni legisladas. Los libros de los pueblos son los hechos de la vida, sus experiencias, sus derrotas y sus triunfos en la lucha por un mundo mejor.

Individualmente existen gentes que no se pueden resolver a dar un paso sin tener en cuenta lo dicho por una serie de pensadores favoritos desde Platón hasta Kant. Y se asombran cuando los demás no se preocupan de esas justificaciones y obran, avanzan, toman resoluciones, dejan un surco abierto en la vida. Por lo demás, en el balance final, los errores de quienes han querido apoyarse en las sentencias de sus pensadores favoritos, no son menos numerosos que los de los que desconocen el nombre mismo de los pensadores y se guían por sus impulsos propios, una vez con éxito y otra con fracaso, o dos veces en la herradura y una en el clavo.

Los irresolutos no resolverán los problemas del día siguiente de la revolución ni los de hoy, pese a todos los programas y a todas las preparaciones previas. Si nuestras fuerzas estuviesen regimentadas, si persiguiésemos la toma del poder político, entonces sí, podríamos trazar un programa, pero entonces la revolución no sería social, sino individual, política. Con fuerzas regimentadas no sólo elaboraríamos un programa de reivindicaciones que en última instancia se reduciría a quitar a los gobernantes y a los privilegiados actuales para ponernos en su lugar nosotros, sino que señalaríamos el día y la hora de la revolución, nombraríamos de antemano los ministros y los altos funcionarios directores de la revolución, etc. Pero la revolución social es muy distinta, no es cuestión de individuos, sino de la acción colectiva independiente de toda vez de mando, de toda imposición de arriba, de toda canalización previa, por consiguiente.

D. Abad de Santillán

Shakespeare y sus obras

I

Digresión preliminar—

Todo hombre que aspire a poseer una cultura relativa, con el fin de explicarse el proceso moral que ha seguido la humanidad, es indispensable que atraviese antes por ciertas zonas del conocimiento sintetizado, a veces, en una determinada manifestación de la ciencia, de la filosofía, de la historia o del arte.

Uno de los territorios morales por el cual todo espíritu culto debe pasar es el que abarca los dominios del arte shakesperiano, por cuanto se halla en él la fauna más completa de tipos humanos, de creaciones maravillosamente auténticas y concordantes con las grandes líneas psicológicas implícitas en la vida de la especie.

Shakespeare, con ser un genio artístico de ayer, se halla presente entre nosotros por la fuerza evocadora y perenne de sus creaciones, en las cuales late el ritmo sentimental y psicológico de la humanidad en sus características más notables.

Porque creemos que una labor de cultura artística no contradice en nada, sino que más bien afirma, la obra sistemática de conocimiento y comprensión de la vida que el anarquismo desarrolla en su actuación es por lo que hemos pensado en dar a conocer, en las páginas de este Suplemento, el valor substancial del arte shakesperiano tan fecundo y lleno de verdad que hace de su autor uno de los grandes benefactores y libertadores de la humanidad que figuran, con justicia, en la historia de la revolución a través de los siglos.

Y esto que, dicho así, podría sorprender a algún lector, no compenetrado con el verdadero significado de las obras de Shakespeare, no es nada más que un concepto vindicativo de un artista y de un genio que en cierto sentido podríamos calificar de anarquista aún cuando el significado social de nuestras teorías no se halle inmerso en sus obras, en sus caracteres más definitivos y concretos. Que hay que tener en cuenta la edad y el estado de evolución moral en que se hallaban las sociedades de su tiempo, anterior al desarrollo de las ciencias naturales y sociológicas que debían constituír más tarde los fundamentos sociales del anarquismo.

Shakespeare nació en Stratford — Inglaterra — el año 1564 y murió 52 años después, o sea en el año 1616. Sobre su origen y existencia, como asimismo sobre su vida e infancia, se han tejido infinidad de suposiciones y conjeturas al extremo de haber llegado hasta a negarse su realidad. Pero hoy en día la crítica ya no discute estos conceptos negativos por cuanto la frondosa bibliografía inglesa en torno a Shakespeare no deja lugar a la menor duda sobre la vida y las obras del gran dramaturgo inglés. La vida y el nacimiento de éste como así también su genealogía ascendente, han quedado plenamente demostradas, por lo cual resulta ocioso todo discurso sobre el particular.

Sin entrar a dilucidar la característica técnica de la dramaturgia shakesperiana, y sin detenernos en clasificaciones arbitrarias sobre sus obras, nos hallamos en condiciones de asegurar que la mayor parte de su producción poética se inspira en las leyendas y en los hechos de la historia que fueron para el gran dramaturgo la fuente de donde su espíritu creador extrajo la substancia viva de sus dramas, de sus inmortales personajes.

Algunos críticos modernos y contemporáneos de Shakespeare, basándose en esta circunstancia, han pretendido negar la originalidad de su teatro sin comprender que el elemento dramático de la leyenda o de la historia no han podido, hasta la fecha, servir de base a otro que no fuera él para una creación artística idéntica o aproximada a la de este genio creador.

Otra de las críticas que también se ha hecho a Shakespeare es su falta de sistema y lo arbitrario del tiempo y las distancias en que se mueven y alternan sus personajes. Y es que la realidad histórica y la geografía no salieron siempre muy bien paradas de su pluma debido a que el gran poeta subordinaba, de modo manifiesto, el mundo conocido al elemento articulado de su creación.

Lo fundamental no es la más o menos exactitud en la ordenación y unidad dramáticas del teatro shakesperiano sino la esencia moral y filosófica de sus personajes cada uno de los cuales puede decirse que vive por sí mismo independientemente de la farsa teatral. He aquí el valor, el secreto y el mérito insuperables del gran dramaturgo. En esto puede decirse que Shakespeare fué un revolucionario que no se atuvo a cánones establecidos rompiendo con la unidad aristocracia que imperaba entonces y que todavía subsiste hoy sirviendo de norma a la mayor parte de la dramática de nuestros días.

Dicho lo que antecede, empezaremos el análisis del teatro shakesperiano por la parte que contiene sus grandes tragedias y que son: "El Rey Lear", "Macbeth", "Otelo", "Romeo y Julieta", "Hamlet", "Tito Andrónico" y "Timón de Atenas". Irán después las obras de carácter histórico y terminaremos con las comedias de fantasía y los dramas de más interés y significado morales para los fines de nuestra cultura.

El Rey Lear.—

Esta obra, considerada por la crítica como una de las mejores tragedias de Shakespeare, se inspira en una vieja leyenda difícil de poder documentar con los datos conocidos de la historia.

En realidad no se sabe si los hechos que en ella se consignan han sucedido de verdad o ello constituye una patraña de las muchas que los monjes de la Edad Media pusieron en circulación por el mundo en su afán de rehacer o explicar el pasado histórico, pues mientras Pierre Berthorius, que vivió en el siglo XIII, la hace derivar del emperador romano Teodosio, hay un historiador, llamado Godofredo, que la atribuye a un rey que dice hubo en Bretaña de nombre Leir. Cualquiera que sea el origen o procedencia de la leyenda es evidente su interés dramático y el inapreciable partido que Shakespeare sacó de ella para realizar una de sus más bellas creaciones artísticas. La leyenda dice, más o menos, así:

Antiguamente había un rey — sea en Roma o en Bretaña — que tenía tres hijas a quienes amaba entrañablemente. Como sea que llegaba ya el término de sus días quiso antes averiguar cuál de las tres lo quería más para dejarlas herederas de su reino. Gonorila, la hija mayor, dijo a su padre que lo amaba más que a su propia vida. La segunda, de nombre Regania, le dijo que lo quería más de lo que su lengua podía expresar. Y la tercera, llamada Cordilla, le dijo: "Segura del inmenso cariño paternal que siempre me habéis profesado, os debo responder con arreglo a lo que mi conciencia me dicte: así, pues, os diré que os amo como una hija debe amar a su padre; y si queréis comprender más profundamente mi cariño sabed que lo que sois valeis, y tanto cuanto valeis os amo yo".

Con arreglo a estas contestaciones dispuso el rey que, cuando muriera, su reino fuese dividido en dos partes y se diera una a su hija mayor, a quien casó con el duque de Cornualles, y la otra a su hija segunda, que casó con el duque de Albania, mientras que nada legaba a Cordilla, su hija tercera, por no haberle satisfecho su contestación. Llegado esto a oídos del príncipe de Galia, y encantado de las hermosas prendas morales de Cordilla, solicitó del rey Leir su permiso para casarse con ella no obstante hallarse sin dote. Concedióselo el rey y Cordilla partió con el príncipe para la Galia.

Los yernos, que a la muerte de Leir debían heredar el reino, se impacientaban y, movidos por la codicia y el deseo de gobernar, cuanto antes, se alzaron en armas contra él y le arrebataron el gobierno. Asignaron a Leir una pensión que fueron disminuyendo poco a poco hasta que llegó el momento que tuvo que vivir en la mayor pobreza.

El proceder de sus dos hijas, de acuerdo con sus esposos, obligó a Leir a salir para la Galia, en donde estaba su hija Cordilla, a quien antes despreciara, para ponerla en antecedentes del trato que había recibido de sus favorecidas. Indignados Cordilla y el príncipe prepararon un ejército y partieron para Bretaña y después de vencer y dar muerte a sus enemigos repusieron en el trono al rey Leir. Hasta aquí la leyenda que, con pequeñas variantes, es el argumento que constituye la arquitectura del drama.

Leyendo esta obra del gran dramaturgo sentimos, del principio al fin, un desdén profundo hacia los victimarios del rey Lear, quienes, simulando el más hipócrita de los afectos, llegaron a sobornar el ánimo de un anciano para que testara en favor de ellos, y, una vez conseguido su objeto, le despojaron de todo, inclusive del afecto de Cordelia — así la llama Shakespeare — alejándola de sí. Ni por un momento se le ocurrió a Lear que sus dos hijas mayores podían ser insinceras no percatándose de ello hasta llegado el momento fatal.

Su hija menor pudo haber respondido como sus hermanas. Pero la indignación que experimentó al oír los embustes y el exagerado afecto de ellas hacia su padre la sublevaron de tal manera que hubo de preferir el sacrificio de sus intereses y su cariño de hija con tal de poder dar una contestación digna y franca.

Toda la tragedia del rey Lear arranca de aquí y todo el drama gira en torno de esta leyenda que por sí sola expresa el argumento de la obra sin que puedan mencionarse otras alteraciones que la introducción, en ella, del conde Glóster y sus dos hijos, el indispensable bufón y los necesarios cortesanos que hay en todo palacio.

El conde Glóster es un palaciego que tiene dos hijos, uno de ellos ilegítimo, como dicen los falsos moralistas. A propósito de ello transcribiremos un pequeño diálogo de la obra sostenido entre el cortesano Kent y el conde Glóster que refleja la tesis moral del autor en asunto tan importante. Estando en el palacio del rey Lear dice Kent a Glóster señalando al llamado hijo ilegítimo de éste:

"*Kent* — ¿No es éste joven hijo vuestro?

Glóster — A mi encargo tuve el engendrarlo y tantas veces me sonrojé al decirlo, que ya tengo curtido el rostro.

Kent — No puedo concebir...

Glóster — Su madre sí pudo; y por ende, hijo halló en su cuna antes que esposo en su lecho. ¿Oléis augún desliz?

Kent — No lamentaré desliz que dió tan buen fruto.

Glóster — Es el caso que tengo un hijo legítimo, algo mayor, pero a quien no por eso amo más. Aunque este joven vino al mundo intempestivamente, y antes que le ordenaran llegar, holgorio hubo al tenerlo y preciso fué reconocer al bergante".

Por boca de Glóster, Shakespeare anuncia la ley eterna del amor por encima de lo que ordenan los prejuicios morales y las leyes escritas. Glóster tiene otro hijo, ahora legítimo, pero al cual no ama más que al otro.

La conformación moral de los personajes de Shakespeare es de tal naturaleza que a pesar del tiempo transcurrido y de los motivos sentimentales y filosóficos que constituyen su raíz orgánica nos sentimos muchísimas veces identificados con la mayor parte de las concepciones que por intermedio de ellos expone el gran dramaturgo inglés.

CIVIS

PIETRO GORI

"E se nel cozzo della pugna fiera
Tra le ruine perirò travolto
Voglio cader ravvolto
Entro le pieghe de la mia bandiera".

Pietro Gori.

Purifiquemos nuestra alma en el ritmo de su poesía, antes de pronunciar su nombre.

Serenemos nuestro espíritu, agitado por la misma onda de amarguras y de derrotas, en la visión de un límpido rayo de sol, antes de exhumar su vida.

Dejemos que una ola de aire fresco y puro ahuyente la tristeza gris que pesa sobre nuestro corazón y remueve las esperanzas en los estrechos ángulos de nuestro ser, envuelto en la red insidiosa de un amargo escepticismo, antes de escribir su nombre que parece surgir de los rosados velos de una heroica leyenda de ensueño.

Y después de esta renovación del espíritu, Pietro Gori, nuevamente evocado, sonreirá a los lejanos y extraviados prófugos que sienten el acerbo dolor de un día, y que vuelven por el sendero del destierro sin la paz que hizo firme e inmutable su corazón y dulce y gentil su boca.

- - - - - - - - - - - - - - -

¡Oh! todos vosotros, expulsados de la tierra donde vigorosa y activa floreció vuestra juventud;

¡Oh! todos vosotros que erráis por el mundo, porque no tenéis un refugio en el país que volvisteis grande y noble con vuestro trabajo, que hicisteis glorioso y admirable con vuestras luchas;

¡Oh! vosotros, que sentís el martirio del incierto y obscuro mañana y el sollozo y la ruina del pasado confuso;

¡Oh! vosotros, que os dejasteis golpear por defender vuestra bandera;

¡Oh! vosotros, que creísteis morir al verla sufrir entre el tormento de las llamas y los insultos de los abyectos ebrios;

¡Oh! vosotros, que tenéis encorvadas las espaldas por el choque violento con la trágica amargura y los labios apretados por el estertor afanoso del corazón y las alas de la fe plegadas sobre la cruz secreta, oculta en vuestro interior, golpead, hoy, en la tumba de vuestro poeta, y sentaos junto al mármol que evoca su efigie;

¡Oh! vosotros, que conocéis las asperezas de la senda sin retorno dentro de la triste extensión del mundo y sentís el espanto de los relámpagos y las oleadas de la tempestad;

¡Oh! vosotros que conocéis los deprimentes talleres de la inmensa ciudad extranjera y soberbia y que sabéis de la agonía del día sin pan y sin trabajo y la frialdad del aposento vacío, donde no os sonríe el niño ni vuestra mujer os besa;

¡Oh! vosotros que sois odiados porque habéis amado intensamente, que fuisteis heridos porque vendasteis las heridas de los hermanos, que fuistes ultrajados y esputados porque os arrodillasteis frente a la injuria del calvario; que fuisteis rechazados porque recogisteis sobre los brazos el peso de las miserias humanas, que fuisteis castigados porque creísteis obstinadamente que os desterraron más allá de los confines porque soñabais una patria más vasta y más libre, llegaos, hoy, a la tumba de vuestro cantor y reposad, junto a la blancura del mármol, la ardorosa frente y las temblorosas manos.

Para que la primavera vuelva a florecer junto al gérmen de la vida agitada,

Para que el azul substituya al gris sombrío de los pensamientos que apenan,

Para que renazcan las rosas, allí donde fueron truncados magníficos ensueños. Y sean rojas, rojas y vivas como la sangre que fluye de la vena encendida.

* * *

Pasó entre los humanos como una ráfaga fresca, de juveniles esperanzas, y dijo: "Hermano", al hombre inclinado a mirar su destino de dolor.

Y dejó sobre el umbral de cada tormento una venda de alivio.

Y sobre la piedra de cada discordia un ramo de olivo. Y derramó sobre el escozor de cada honda desesperación una lágrima amiga.

Buscó en el torbellino de la vida lo que hiere el viento, lo que la tempestad sumerge, lo que el mar afroja en las desiertas playas, y que la ráfaga clava sobre el áspero dolor.

Y dijo a los náufragos: "No desesperéis".

Y a la boca abrasada de los heridos acercó la límpida fuente de su corazón.

Y a los extraviados indicóles la amplia ruta y a los fatigados el fin de la vida.

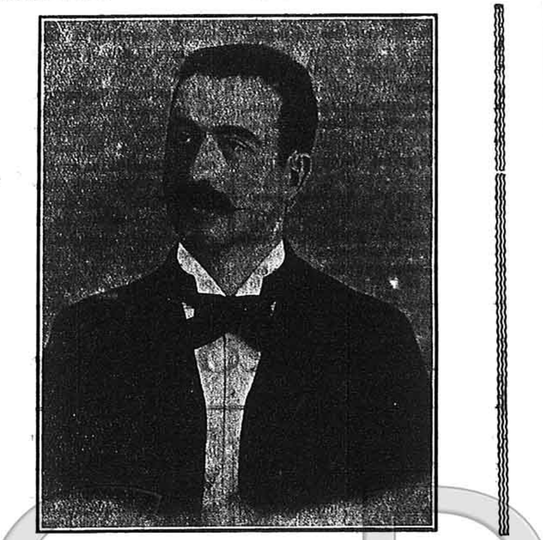
Con la fascinación de su dulce voz y en el hueco puro de sus manos amorosas los obscuros y ocultos martirios del mundo y detuvo con la llama de sus miradas los desdenes, la nostalgia y la rebelión de la turba encadenada.

Y conoció por esta limpidez de amor todas las prisiones de la patria y de los países del mundo y la desolación de los hospitales, el inconstante afecto de los amigos y el látigo de la calumnia y la noche obscura y tenebrosa del huerto de los olivos y la agonía del mal incurable, y la dolorosa fatiga de la ascensión y las amarguras solitarias del destierro, y

el canto punzante de la antena sobre el pensativo silencio del gran mar y la inmensidad de los desiertos y el espasmo de lo ignoto.

Mas no dijo palabra, no parpadeó ante la acerba herida.

Desmemoriése para volverse a encontrar en el alma y en la carne de los cristos moribundos, sublimóse en aquellas maravillosas peroraciones que coronaron con una aureola de sol la idea y el trabajo, se transformó en impalpable realidad de belleza en aquel apóstrofe atrevido y vibrante que pareció sacudir la base del viejo y estúpido mundo.



"Tale, o signori, é il popolo
. . . . . .
E arcangelo o demone, genio di luce o [mostro
Ció che ha di grande é suo,
Ció che ha di turpe é vostro."

Y cuando en la serenidad del ensueño concentróse delante el azul infinito del mar, su boca semejaba una bella flor sobre la blancura de su semblante.

Y pareció inmaculada, sagrario de afectos, conduciendo en sus brazos el ataúd, bajo los colores del cielo y entre el verde claro de las tranquilas colinas toscanas.

Y semejante a la deshecha cabellera de la mujer anhelante, la bandera negra desplegada sobre el dulce cantor anárquico... pálido e inmovil entre la injuria de los vivos.

* * *

Y hoy que marchamos entre un pasado destruido; y hoy que para una hora de paz solo nos queda el refugio de las memorias de amargo sabor; y hoy, que han sido violadas todas las purezas y los afectos arrancados y los cantos de la vida deshojados, volver a levantara el nombre de Pietro Gori significa: Irradiar con reflejos de luz, el cementerio empotrado sobre el camino de los supervivientes; significa volver a dar latidos de vida a la inmovilidad de la muerte; significa volver a encender una antorcha de llamada entre los acribillados cuerpos de nuestros hermanos y volver a aventar un amplio e inmaculado estandarte sobre las cenizas de las caídas banderas, sobre la cruz donde solloza una mujer, sobre la casa donde una madre aguarda en la certeza serena de su inmortal amor, sobre los recodos de la ruta donde un niño, ruiseñor de la vida, pasa trinando por los ásperos senderos del destino en los cuales se consumen, perturbados náufragos, los hombres silenciosos y taciturnos, los hombres intrépidos y de fe, en la patria siete veces renegada.

"Addio nomadi paria, plebeo sangue gen- [tile
La vecchia, augusta patria, é vile, vile, [vile!"

Significa volver a encender una lámpara donde la luz se ha extinguido, una fuerza donde la materia amenaza la firmeza del espíritu; significa arrojar un gérmen donde la hoz lo ha cortado y una maravillosa armonía de notas donde el sollozo es eterno y un manojo de flores sobre un velo de tristeza y una esperanza sobre la honda desolación y una gota de agua sobre el ardor de los extenuados y una luz en la tenebrosa eternidad de la noche.

Por la espera invencible y por la resistencia tenaz.

Por la magnífica resurrección de un día...

Ya que, como él dijo:

"Pasan le glorie, muoion gli Dei, l'odio. [l'amore
Su per l'orbe vetusto; ma l'ideal non [muore.

Virgilia d'Andrea

CURSO DE ESGRIMA

El maestro Eustaquio Bouteloup es el director de una sala de armas situada en el barrio Monceau tres amplias estancias, adornadas con floretes, espadas, caretas y fusiles antiguos; el maestro es un hombre de estatura mediana y horriblemente musculoso; lleva puesto el peto de asalto; su rostro evoca un retrato de Velazquez; para completar la imagen sólo le falta la gorguera... Este hombrecito es el rey de la espada y pasa por infalible; no ama mas que su arte y experimenta un placer sensual manejando espadas. Desde hace treinta años ha sido confidente de todos los duelistas, lo mismo de los más listos que de los más ignorantes; solamente la guerra pudo interrumpir las consultas que el maestro Eustaquio solventaba en su pisito bajo de la calle Logelbach. Al comienzo de este diálogo el maestro se dispone a colocar una hoja de espada en una empuñadura; deplora, en tanto que canturrea, la tristeza de estos tiempos, en que nadie se bate y en que no se concede atención al noble arte de las armas; solamente tiene como discípulos a los antiguos concurrentes a la sala, que combaten la gota o la arterioesclerosis. ¡La guerra ha matado el duelo, lo mismo que mató a la conversación! El maestro ha terminado de fijar la hoja en la empuñadura con grandes precauciones, cuando suena la campanilla de la puerta de entrada. El maestro sale a abrir e introduce a dos caballeros: uno es el señor Bill Sharp, su antiguo discípulo; otro es un joven muy pálido, muy alto, muy rubio, y que no parece estar muy tranquilo.

EL SEÑOR SHARP.—Querido maestro Eustaquio: te traigo a uno de mis amigos, el señor vizconde León de Cogniot, que tiene necesidad de tus conocimientos.

EUSTAQUIO.—¡Adelante, señores! Pasen a la sala de armas; a estas horas no hay nadie todavía. (*Introduce a los visitantes en el santuario.*) ¡Siéntense en el diván...! ¡Bienvenido a nuestra sala, señor vizconde...! Entra usted en un salón que vió las mejores espadas de esta época. Ahí donde se sienta usted se sentaron los más famosos campeones de espada, que son discípulos míos.

EL SEÑOR SHARP.—¡El maestro Bouteloup conserva la pura tradición de la espada! ¡Todo el que recibe sus lecciones es invencible.

EL VIZCONDE (*débil*).—¡Acepto este augurio!

EUSTAQUIO.— ¿De qué se trata...? ¿Quiere adiestrarse ese caballero?

EL SEÑOR SHARP.—¡No! Mi amigo tiene que batirse en duelo dentro de algunos días...

EUSTAQUIO (*sorprendido*). — ¿Pues no está prohibido el duelo mientras dure el estado de sitio...?

EL SEÑOR SHARP.—Tienes razón, amigo mío; pero dentro de diez días volveremos al antiguo régimen merced a la ratificación del Tratado de Paz, y entonces las personas decentes podrán zurrarse a su talante en el terreno. ¡En fin, ya era hora..! ¡Se iba uno enmoheciendo...!

EUSTAQUIO (*radiante*). — Gracias a Dios! Me traen ustedes una noticia estupenda, por la que les doy las gracias. Les juro que creía que mis compatriotas no tenían más que sangre de nabo en las venas. Le prometo, señor vizconde, prepararlo con todo esmero.

EL VIZCONDE (*siempre débil*).— ¡Muchas gracias, maestro!

EUSTAQUIO.—¡Vamos a ver de qué se trata...! A mí me gusta conocer siempre el asunto, porque debe usted comprender que si éste no me agrada lo enviaré a un compañero.

EL VIZCONDE.—Apruebo sus escrúpulos. Mi caso es de los más honrosos y estoy seguro de que usted, a su vez, aprobará mi conducta. No tengo nada de matón y desde mis más tiernos años evité todas las cuestiones. Yo me inclino a la conciliación.

EUSTAQUIO (*severo*).—¡Mal hecho! ¡Un hombre no debe dejarse pisotear por nadie...!

EL VIZCONDE.—Tiene usted razón, mi querido maestro; pero yo soy alegre por naturaleza y mis principios me apartan del duelo.

EUSTAQUIO.—Veo que no es usted deportista. Usted no tiene sangre en las venas.

EL VIZCONDE.— He jugado al tennis, que es todo lo que me permiten mis medios.

EUSTAQUIO.— ¡Sí! Usted ha descuidado su educación. ¡Continúe..!

EL VIZCONDE (*molesto*). — Yo he cumplido con mi deber durante la guerra! Figuré en la sección 22 y tengo los galones de sargento.

EL SEÑOR SHARP (*confuso*).—¡Adelante!

EL VIZCONDE.—Digo esto para indicar que no soy pendenciero y que no me gusta armar camorra con el prójimo.

EUSTAQUIO.— ¡Estos sentimientos le honran; ¡Nunca se debe buscar camorra al prójimo! Lo que se debe hacer es aprovechar las ocasiones que éste le ofrezca a uno para romperle las narices. ¡Eso es todo!

EL VIZCONDE.—Usted hará de juez, caballero! Estaba yo en el *cabaret* de Lutecia, en compañía del señor Sharp, mi amigo, aquí presente, y de mi amiga, la señorita Amelia Migeon, conocida principalmente con el nombre de *Zipette;* la velada deslizábase deliciosa, divirtiéndonos todos delicadamente, como personas bien educadas. Pero he aquí que viene a sentarse junto a nosotros un individuo acompañado de una especie de pellejo. No comprendo cómo admiten gente de esta calaña en el *cabaret* de Lutecia; la mujer hallábase en un estado de embriaguez avanzada, y el hombre apenas se encontraba mejor que ella; piden champaña y luego se ponen a mirarnos de hito en hito a *Zipette y a mí*, y a comunicarse en voz baja ciertas reflexiones, que debían ser muy graciosas porque les hacían reír de una manera irritante; yo sentía que se me subía la sangre a la cabeza, y mi amiga, por su parte, se agitaba; lo cual no es buena señal en ella.

EL SEÑOR SHARP.—¿No exageró usted las cosas?

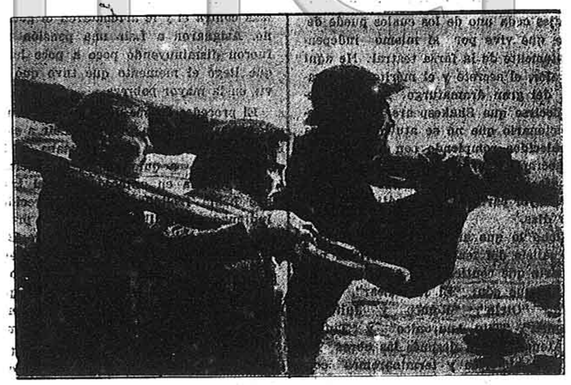
EL VIZCONDE (*molesto*).—No soy un niño, amigo mío, y veo claramente todo. Usted, en cambio, no ha visto nada, porque nos refería su viaje al Canadá.

EUSTAQUIO.—Le ruego que refiera pronto su historia.

EL VIZCONDE.—¡Está bien! Los vecinos persistían en su molesta actitud; en esto, mi *Zipette*, agotada ya su paciencia, se pone a hablar en voz alta y a gritar que había en el vasto universo personas sin educación, las cuales acabarían por recibir unas cuantas bofetadas de las personas distinguidas de la reunión.

EUSTAQUIO.—¡Ah! Esto es una provocación.

EL VIZCONDE.—¡Usted perdone! ¡Era la respuesta a una provocación!



EDELFELT— Pescadores.

EL SEÑOR SHARP.—¡Y dale! ¿Vas a empezar otra vez...? Los testigos han reconocido que tú eras el ofensor.

EL VIZCONDE (*con amargura*). — ¡Los testigos son unos calabazas!

EL SEÑOR SHARP. — ¡Muchas gracias. ¡Se sacrifica uno por ti para que luego lo trates de esta manera!

EL VIZCONDE. — Yo no he hablado de ti en particular! Ahora bien; apenas había lanzado *Zipette* estas aladas palabras, cuando la doncella de al lado, dirigiéndose a la concurrencia, aludió a ciertas golfantas que merecían recibir una buena azotaina; agregó que los caballeros y las señoras a quienes interesara este espectáculo no tendrían que esperar mucho tiempo para verlo. Entonces mi *Zipette* apostrofa a su vecina y le dice: "¡Usted perdone, señora! ¿Se dirigen a mí esas frases?" "Señora: se dirigen a los pendones en general. Pero ¡si usted quiere aplicárselas...!" "Los dichos de una prostituta no tienen importancia; por eso desdeño los suyos..." Etc., etc. Figúrese usted cómo se regocijaría la honrada reunión; esto excitaba más a las señoras, las cuales llegaron a emitir dudas acerca de su fidelidad para con sus amantes. Cuando los cocheros riñen, llega siempre un momento en que los golpes van a dar sobre los clientes. Lo mismo sucede en las discusiones de mujeres; hasta entonces nos habíamos esforzado por calmar a las señoras, pero esto no servía sino para enfurecerlas más; nos vinos arrastrados en la cuestión; el caballero de al lado me trató de idiota, y yo le califiqué de "rastacuero"; revolotearon los epítetos; con ademán simultáneo nos tiramos los platos a la cabeza; yo le obsequié con un cangrejo a la americana; él me envió mollejas de ternera; nos separaron; cambiamos las tarjetas, y luego nos plantaron a los cinco en la calle. Al día siguiente nuestros testigos ponían a trabajar; mi adversario, un tal Gómez Ocervo, español, exigió la espada. Esto es muy desagradable para mí, porque no sé coger un florete. ¡Me bato mañana, y seré incapaz de defenderme...!

EUSTAQUIO. — Creo conocer a su adversario...! Calle...! ¡Ocervo...! ¡pertenece a la baja Massena...! ¡Es un tipo muy bragado...!

EL VIZCONDE (*inquieto*). — ¿De veras?

EUSTAQUIO. — Si es el Ocervo que yo me imagino, le vencerá desde el primer encuentro... En fin, tranquilícese... Yo me las apañaré para que no resulte más que un herido. ¿Dónde se bate usted...?

EL SEÑOR SHARP. — En el Parque de los Príncipes, en el barrio de los exploradores, a las once.

EL VIZCONDE. — Yo pensaba que nadie se batía en tiempo de guerra.

EUSTAQUIO. — Sí, pero se ha levantado el estado de sitio y el duelo no es ya contrario a las leyes del honor.

EL VIZCONDE. — No es que tenga miedo; pero yo había contado con un breve aplazamiento a fin de adiestrarme.

EUSTAQUIO. — Voy a enseñarle a ponerse en guardia. Si sigue usted bien mis consejos no arriesgará gran cosa. Póngase este peto y tome esta careta; aquí tiene una manopla parecida a la que usará Vd. sobre el terreno; coloque su brazo en tal forma que su espada sea una prolongación de su antebrazo. ¡Esté así, inmóvil! ¡No deje que su hoja se separe de la línea...! Usted tiene un brazo bastante sólido y no debe hacer más que recobrar inmediatamente su posición.

Ahora voy a ensayar las principales estocadas que se intentaan sobre el terreno; su adversario es muy fuerte y no arriesgará combinaciones complicadas; rectas, fondos, envolvimientos, una y dos ...Conteste sin descubrirse. Cuando advierta que va a venir la estocada, salte hacia atrás.

EL VIZCONDE. — Pero ¿y si no advierto que viene?

EUSTAQUIO. — ¡Oh! ¡Es cuestión de intuición...! Si hubiera tenido más tiempo, le hubiese enseñado a replicar inmediatamente. ¡Nada como esto para desconcertar a un adversario...!

EL VIZCONDE. — De todas maneras, mi querido maestro, si escapo de esta, vendré a perfeccionarme en su arte.

EUSTAQUIO. (*tranquilo*). — ¡Cuento con ello! ¡Cuidado! ¡Voy a atacarle!

EL VIZCONDE (*saltando muchos metros atrás*). — ¡Caramba...!

EUSTAQUIO (*persiguiéndole*). — Muy bien! ¡Pero no se vaya tan lejos...!

(*La lección continúa; al cabo de una hora, el vizconde casi sabe ponerse en guardia con la espada; el maestro le garantiza que no hará mal papel, le aconseja que se acueste temprano y que duerme y le vende un par de espadas de combate con la cazoleta reglamentaria. El vizconde se marcha seguido del señor Sharp; diez minutos después de esta visita, el maestro recibe otra: el comandante Prune le trae a un caballero moreno, de tez oliveácea, que tampoco parece muy tranquilo*).

BRUNE (*cabeza de viejo militar retirado*). — ¡Salud, mi querido Bouteloup! Le traigo a mi amigo, el señor Gómez Ocervo, que tiene mañana una cuestión de honor. Gómez: el señor maestro Bouteloup, cuyo elogio le he hecho!

GOMEZ. — ¡Celebro mucho conocerle, maestro!

EUSTAQUIO (*que ha pasado ya de la edad de los asombros*). — ¿Es usted pariente del esgrimidor?

GOMEZ. — ¡De ninguna manera! No somos de la misma familia. ¡Además yo no sé ni coger una espada!

EUSTAQUIO. — ¡Bah! Ya le enseñaré a ponerse en guardia. No lo matarán. Apenas le herirán levemente. ¡Y esto es lo esencial!

PRUNE (*principiando un discurso*).— Mi amigo riñó ayer con un borracho...

EUSTAQUIO. — ¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! En el *cabaret* de Lutecia...!

PRUNE. — ¿Cómo se ha enterado usted?

EUSTAQUIO. — En mi sala se está al corriente de todas las cuestiones de honor. Este caballero se bate mañana, a las once, en el Parque de los Príncipes, ¿no es cierto?

GOMEZ. — ¡Efectivamente! ¡Está usted bien informado!

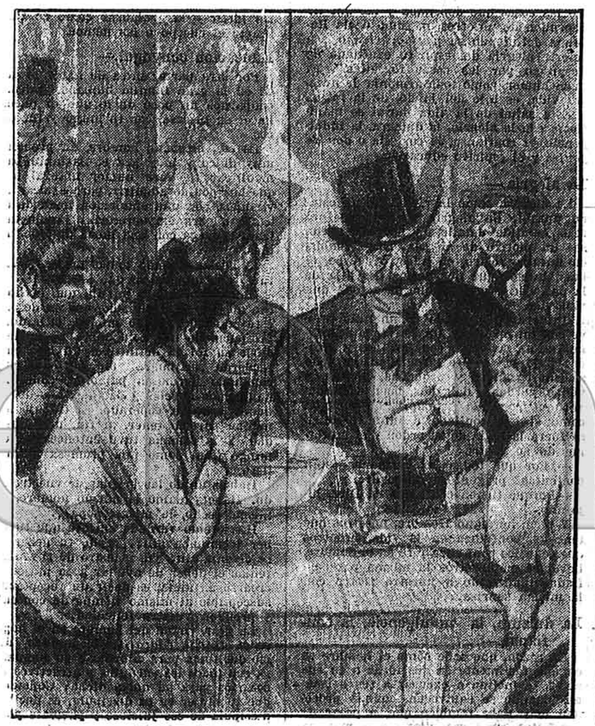
EUSTAQUIO. — No tiene usted tiempo que perder. ¡Póngase ese peto...! (*Le da el mismo peto que acaba de dejar el vizconde.*) ¡Cúbrase con esta careta! ¡Aquí tiene una manopla parecida a la que usará usted mañana! ¡Ya está...! Colóquese de forma que su antebrazo sea como una prolongación de su espada... Etcétera..., etcétera...

(*Reprodúcese la lección lo mismo que ya la conocemos; el maestro aconseja a su neófito que no se mueva; que salte hacia atrás y así sucesivamente; Gómez se despide de su profesor después de haber comprado un par de espadas de combate y la manopla*)

EUSTAQUIO — Será muy extraño que mañana por la mañana se hagan daño alguno. De todas maneras, iré a ver el duelo, porque me parece que no se aburrirá uno allí.

(*Llegan los discípulos y se ponen al corriente del acontecimiento*).

Al otra día por la mañana, en el barrio de los exploradores, los cuatro testigos y los dos adversarios se encuentran; saludos ceremoniosos; mientras los duelistas se van, cada uno a su cabina, para ponerse la obligatoria camisa sin almidonar,



STEINLEN — La corrupción de menores

(*Continúa la discusión entre estos caballeros; están a punto de venir a las manos; pero he aquí que llegan los periodistas, el operador del cinematógrafo, los fotógrafos, el maestro Bouteloup, los parientes y los amigos de cada combatiente; aquello se llena de gente; se desinfectan las espadas quemándolas en una palangana; los dos médicos, que proceden a esta delicada operación, parecen hacer un ponche; ambos duelistas, en camisa, se mantienen aparte; el guarda del barrio se acerca al vizconde y le habla.*

EL GUARDA — Caballero: ¡hoy es día de aniversario...!

EL VIZCONDE. (*encantado*) — ¿De veras? ¿Y qué aniversario es?

EL GUARDA. — Hoy hace seis años, justos y cabales, que el príncipe Monsoroff fué muerto en desafío en este mismo sitio.

EL VIZCONDE (*sonriendo débilmente*) ¡Espero que esto no será contagioso!

EL GUARDA. — ¿Quién es capaz de saberlo? ¡Se da tan pronto una grave estocada! ¡Pobre príncipe...! ¡Yo vuelvo a ver cayendo bañado en sangre! ¡Mire! Fué a morir allí, en la cabina, donde usted se ha vestido...

EL VIZCONDE (*verdusco*). — ¡Oh! ¡No soy supersticioso..!

(*Los testigos ponen fin a esta agradable conversación. Los adversarios son conducidos a sus sitios; aquéllos hácense un poco atrás; el famoso Julio pronuncia la palabra sacramental: "¡Adelante, caballeros!" De común acuerdo, siguiendo las enseñanzas del maestro, ambos combatientes dan un brinco hacia atrás; ligera emoción de la concurrencia; pausa; de esta guisa podrían permanecer mucho tiempo; Julio toma la resolución de conducir otra vez a estos caballeros a su punto de partida; los enemigos se observan, rígido el brazo, sin moverse, el operador del cine da vueltas a su manivela. ¡Esto no formará un conjunto excelente! Así se pasa el tiempo del encuentro; luego son separados los adversarios; sus testigos van a confortarlos, en tanto que los doctores se dedican al masaje del antebrazo.*)

SHARP (*a su apadrinado*). — ¡Muy bien! ¡Ha estado usted estupendo! Pero ¿por qué no intenta usted un pequeño ataque?

(*Como el comandante Prune ha hecho lo misma advertencia a su apadrinado, síguese que en el segundo encuentro los adversarios se atacan con una violencia no exenta de torpeza; hay un cuerpo a cuerpo que rebosa al operador de cine; precipítase Julio para separar a estos dos furiosos; pínchase fuertemente en el índice; lo vendan; descanso.*)

Tercer encuentro: más calma; tejemaneje insignificante y anodino; sin embargo la espada del vizconde roza la muñeca de Gómez).

JULIO (Lleno de esperanza). ¡Alto! ¡Ha sido usted tocado, caballero...!

Se desnuda al español; no tiene nada; se le vuelve a vestir; se desinfectan las espadas.

Cuarto encuentro: al esbozar una tímida agresión el vizconde se pincha en la muñeca con la espada tendida de su compañero. ¡No se ha escapado esto a la mirada vigilante de Julio!

JULIO (*precipitándose con el bastón levantado*). — ¡Alto!

Los médicos se apoderan de la muñeca que les tiende el vizconde, un poco pálido, y, a fuerza de apretársela, hacen salir una gotita de sangre de la herida.)

JULIO (*satisfecho*) — El duelo ha terminado, caballeros, puesto que uno de los adversarios se encuentra en condiciones de inferioridad.

Ceremonia de reconciliación; después de una corta pero cortés discusión, Gómez se adelanta hacia el vizconde y le expresa la esperanza de no haberle herido mortalmente; el otro le tiende la mano tan poco ensangrentada, hay un asalto de finezas).

GOMEZ. — Pronto será mediodía. Usted no ha desayunado y yo tampoco. ¿Quiere hacerme el favor de ser mi huésped en compañía de sus amigos?

EL VIZCONDE (*contento*). — Con mucho gusto. Mi coche está ahí. Iremos juntos. ¿A dónde nos dirigimos?

GOMEZ (*finamente*). — El *cabaret* de Lutecia me parece el lugar más indicado. Telefonearemos a las señoras, que vendrán a reunirse con nosotros, y así se conocerán mejor.

(*Dicho y hecho; el vizconde y el señor Ocervo suben a la misma limusina; todo el mundo está locamente alegre, menos el chauffeur del vizconde, que no comprende nada de esto.*)

EL "CHAUFFEUR" — ¡Cómo! ¡Se baten y después se van juntos! ¡Qué asquerosa es la gente del gran mundo! ¡Y decir que he estado a punto de zurrarme con mi colega a causa de ese tío imbécil!

PEDRO VEPER

(*Del libro "Los Cursos"*)

EL OFICIO DE HOMBRE

(Notas para una técnica de la vida cotidiana, extractadas de "Ser un Hombre", tratado inédito) (1)

(Conclusión)

Pero los hay también menos gratificados, o que posiblemente por tener un natural enfermizo, un hígado atrofiado, un estómago o un intestino rico en malos humores, necesitan mucho estudio, paciencia y tiempo para adquirir tan amables dotes.

Mayor razón para darse la pena, pues la recompensa será durable y sobrepasará infinitamente al mal que te habrás dado.

Sin embargo, alguien será capaz, por aventura, de un gran acto y no tendrá la paciencia de aprender o fijar las pequeñas virtudes — menos relumbrantes, pero de uso diario. Es que, con ese defecto de vista que nos es propio, tomamos por gran virtud a la que, como las fiestas del calendario, no viene todos los días. No reflexionamos que hay una virtud muy grande en hilar y tejer hilo a hilo día tras día, una virtud modesta, que es preciso ver a la distancia para apreciar su valor.

El heroísmo, el sacrificio, el perdón son accidentes en el curso de una existencia. La suavidad del trato, del buen humor, y la indulgencia, son de uso corriente, hacen la vida más sabrosa, reemplazan lo que ella no nos ha podido dar y alimentan, verdaderamente, a la pequeña lámpara del encanto interior, en la cual hemos querido dar la luz perpétua.

La práctica de las pequeñas virtudes es justamente el medio más simple, más accesible de realizar ese encanto cotidiano.

Puesto que no es dado a todo hombre ser rico, sabio, poderoso, artista, pero que a todos es dado ser felices — siendo la felicidad la única riqueza que producimos y fabricamos con lo propio, examinemos juntos cómo, después de haber hecho a tu ser apto para secretar la vida, puedes hacer tu vida apta para contenerla. Todo depende, en este punto como en todas las cosas, de una *educación*; educación de tu carácter, de tus costumbres, de ti mismo y de los tuyos.

Tomemos algunos ejemplos.

Simplemente para concretar el método. Pues sería pueril, hermano Hombre, pretender enseñarte al detalle lo que sabes tan bien como yo, mejor que yo, pero que descuidas a menudo de buscar en ti, de sacar del fondo de tu ser. Algo más; no es un manual escolar que te trazo, y sí un grito de llamada que te lanzo, llamada a tu deber de ser feliz.

El buen humor.—

—Buena ocurrencia es esta, me dirás, de predicarme el buen humor! No depende de mí mucho más que el cólico.

El buen humor que te deseo no es ese buen humor físico, forma del feliz equilibrio de tus funciones corporales, aspecto amable de tu buena salud; pero sí un feliz equilibrio en tus funciones mentales, una suavidad de carácter, una indulgencia, una confianza que no esperan nunca, para expandirse, que tu estómago esté bien dispuesto.

Para comprender bien, por otra parte, cómo es este buen humor, estudiemos un poco ese que el lenguaje corriente llama malo.

El mal humor no es la cólera. La *cólera* es una enfermedad brusca de todo el ser, como la fiebre es una enfermedad brutca y pasajera de tu cerebro y de tu sangre. El mal humor, si puede decirse, es una jaqueca del alma. Tú te cuidarías si tuvieras que vivir siempre con la jaqueca. ¿Y no te cuidarías el malhumor que incorporándose a ti concluiría por gastar toda tu vida?

A tal punto que posiblemente sería más justo sacar al buen humor de entre las pequeñas virtudes para colocarlo a la cabeza de las grandes. Porque es una verdadera virtud cardinal, puesto que sin ella las otras no tendrían ningún valor.

Un espíritu crítico hurañó, un coraje de mal carácter, un entusiasmo caprichoso, no tienen nada de seductor ni placentero. Una virtud ceñuda, fastidiada, o solamente seca y austera no ilumina ni fecunda nada a su alrededor. Una virtud adornada de buen humor irradia y avalora, desde el más humilde al más alto, los méritos que la constituyen. Puede decirse que el buen humor es como el testimonio, la escala de los progresos alcanzados en la vida moral. Así como se reconoce un cuerpo como viviente según el grado de su calor animal, se reconoce una conciencia como viviente según el grado de su buen humor.

La moral es por lo tanto el arte de adquirir y la ciencia de conservar el buen humor, signo sensible y permanente de todas las virtudes excelentes que el buen humor supone y sostiene, como un hilo sostiene las cuentas de un collar.

Cada cual, naturalmente, es dueño de fabricarse un método para conquistar y conservar el buen humor. Estará siempre, más o menos, obligado a usar la distinción clásica que hacían los estoicos entre las cosas que dependen y las que no dependen de nosotros, o, como decía Rabelais definiendo su *pantagruelismo*, sea "cierta alegría del espíritu confitada de desprecio por las cosas fortuitas.". El buen humor, como toda armonía de nuestra vida, es hijo del juicio, de la razón.

Esta salud de la vida moral se manifiesta con la alegría, la dulzura, la indulgencia, la confianza, la cortesía o *don de gentes* y el espíritu educativo..

La alegría.—

La alegría, como la virtud, es un estado durable de alegría para la cual el más humilde detalle de la vida puede ser un motivo de alegría. Hace visible, en nuestro rostro, en nuestro cuerpo, el buen humor que nos anima. Es hija de la paz y la serenidad que da a toda una vida una fe sólida.

Recuerdo que siendo yo un niño estuve con mi madre en un convento de religiosas, un convento con jardines y arcadas bajo las cuales circulaban, en todo sentido, grandes y pequeñas, jóvenes y viejas, gordas o delgadas, buenas hermanas que sonreían siempre, dulcemente, como si esa confiada e infantil sonrisa fuera la regla de su orden y el uniforme de su rostro.

—¿Por qué todas las hermanas están contentas? pregunté a mi madre.

—Porque tienen confianza en Dios, hijo mío.

Y bien, hermano Hombre, nosotros que tenemos confianza en la vida, nosotros que tenemos confianza y fe en el hombre, llevemos en nosotros la misma paz confiada iluminando a nuestro rostro con la misma sonrisa...

La dulzura, la indulgencia, la confianza.—

La razón, que sabe cómo el hombre se engaña fácilmente en sus ideas o en sus actos, te inclina a excusar a tus hermanos cuando se equivocan, cuando proceden mal. Sabe también que, a pesar de sus faltas, sus taras, ellos son la materia plástica con la cual el dios-hombre puede modelarse. Acreditas a los pobres hermanos de lo que no son, en consideración a lo que pueden ser.

La cortesía en esto también permitirá a tu ideal desplazarse sin choques entre las realidades humanas. Te permite manifestar esa indulgencia confiada que precede a todas tus relaciones con otros.

Ahora bien, la vida del pueblo, pesada y brutal, no parece muy compatible con las suaves delicadezas. El pueblo dice:

—No necesito las buenas maneras. Ese es un artículo para ricos. Así como ellos tienen buenos trajes para cubrir sus carnes, tienen bellas cortesías para cubrir su lenguaje.

"Yo tengo trajes color de limadura, de humo, color de trabajo. No voy a trabajar con un buen traje. Si así lo hiciera se ensuciaría y gastaría en seguida. No tengo tiempo para aprender buenas maneras. Si lo hiciera, pronto serían roídas, ensuciadas, patinadas por mi vida de pobre hombre, cuyo trabajo está puntualizado y como ordenado por juramentos".

Sí, sí, juramentos... Es porque tu vocabulario es pobre y carece de recursos para exponer tu pensamiento que tú crees hacerlo más enérgico, más fuerte, salpicándolo con palabras brutales.

Queda tranquilo. Puedes decir palabras gruesas y practicar, sin embargo, la cortesía. No se te pide hablar como una niña ni un lechuguino. La cortesía que te deseo puede admitir palabras rudas, debidas como el color de tu rostro y los callos de tus manos, a la rudeza de tu oficio y no a la de tu corazón.

El que ha vivido cerca del pueblo, que lo ha estudiado con cariñosa atención, sabe bien que entre los más miserables existe su código de cortesía y sus usos.

Ciertamente no se trata allí de bellas maneras, de etiqueta minuciosa, sino de maneras sociables, fraternales, que demuestran al prójimo la simpatía, manifestando con sentimientos y actitudes el placer de acogerlo. Solamente que esa cortesía es como los trajes de fiesta — no se usa sino en las grandes ocasiones: casamientos, fiestas, reuniones de amigos. Si te dijeras que la sociedad humana puede ser como una gran reunión de amigos, todos los días de tu vida harías ese esfuerzo de cortesía.

Ya que la escuela pública olvida o descuida esa educación tan necesaria para la práctica de la felicidad, esfuérzate por suplirla, y trata de ver cómo la dulzura de vivir está hecha de simples cosas, y cómo es fácil habituarse a tener limpias las ideas y las palabras como se tiene limpio el cuerpo o las manos.

Educación conyugal.—

Por otra parte, antes de hacer el gentil en la gran familia humana, podemos ocuparnos un poco de lo que tú puedes hacer en tu casa, con tu mujer y tus chicos.

Es ese, hermano hombre, un problema muy dulce y muy grave. Bastante para modificar tu buen humor natural o el que has podido adquirir, para exaltar tus virtudes, con una emulación llena de encanto o para empobrecerlas y suprimirlas a la larga con una lucha de todos los días.

A: hecho. Cuando tomas mujer, ¿sabes tú lo qué quieres, lo qué haces?

Has comprendido un día que el hombre no es para vivir solo, que su destino está mutilado y como enfermo si la dulce presencia de una compañera no viene a darle su forma definitiva. Un día, cuyo recuerdo perfumará toda tu vida, has cambiado hermosas palabras, como las hay en las novelas y baladas. Los dos os habéis deseado, esperado. El trabajo monótono pareció tener, al fin, una finalidad. Y la semana tuvo entonces un domingo final como una promesa maravillosa.

Habeis unido las briznas de vuestro nido. Habeis tenido el mismo nombre, el mismo techo, la misma sopa...

Has creído verdaderamente que tu deber terminaba allí?... No, tu deber no se detenía allí. Tú, maestro de tí mismo, tenías el deber de ayudar a tu mujer a crearse un alma, es decir un receptáculo susceptible al mismo tiempo de contener y producir vuestra felicidad.

La gran virtud del hombre en el hogar es el *espíritu educativo*, el cuidado diario que toma para adornar a su compañera con todos los encantos y atractivos necesarios para su doble dicha. Considera que tu mujer es tu discípula, es decir la discípula de ese juicioso y paciente pedagogo que has hecho nacer en tí.

Oh! lo sé... Las mujeres son a menudo difíciles de guiar. Son como esas mulas llenas de adornos y campanillas que no quieren pasar un puente.

Tú te irritas y rezongas. Tanto, que tu hogar y tu corazón se llenan de sombras, que vuestra pequeña lámpara parece vacilar y apagarse. La magia que transfiguraba tu interior se evapora. Las cosas vuelven a ser lo que no deben. El papel de las paredes está desgarrado, el cielorraso ahumado, la mesa cojea, la silla desterrillada, el chico llorón...

Y todo eso no existía, sin embargo, un instante antes, porque tú, hermano, no pensabas en ello, porque t... *no lo veías.*

El encantador malo ha pasado...

Acciona entonces con tu compañera como las otras sombras de la caverna donde te has ligado. Sé paciente y aprende a esperar. Si tu mujer no supo realizar en su vida los pobres progresos que embellecen la tuya, dedicate, resueltamente, a no ver en ella sino los buenos aspectos. Todas las cosas de este mundo no existen sino según la medida con que las consentimos. La sola mujer que para tí existe, es la que tus ojos, tu oído, todos tus sentidos y toda tu conciencia crean, cada día, cuando te despiertas.

Piensa además que no es solamente sensatez, sino también habilidad, ver a las gentes que nos rodean más bellas y mejores de lo que son, posiblemente.

Vé los zapateros. Disponen en sus vitrinas botines tan hermosos, tan bien modelados que es un placer el verlos — placer transformado pronto en deseo. Entras, los pruebas y los compras.

Si, después encuentras que el calzado no es tan lindo en tu pié como en la vidriera del vendedor, él te contestará:

—Mi amigo, yo le había puesto un conformador de madera, que reproducía la forma ideal de un pié del mismo largo que el suyo. Cómpreme el conformador, colóquelo todas las noches en los botines y verá cómo conservan durante mucho tiempo su buena vista y su elegancia anterior.

Ahora bien, la gran virtud del casamiento, hermano, es de saber, a ejemplo de mi zapatero, fabricar, llevar y conservar en tí un conformador que sea la imagen ideal de tu compañera y que puedas en todo instante usarlo para corregirla y moldearla según la imagen de tus sentidos y que tu juicio aprecia.

Las virtudes de la mujer.—

Tampoco es de importancia esencial que tu mujer sea bella más bien que fea, fina más bien que estúpida.

Pero ella debe tener como gran virtud la que corre parejas con tu virtud educativa: la virtud de la atención y de la emulación, prenda de los progresos que harejs en común en la vida armoniosa que debe ser vuestra vida.

¡Cuántos van juntos toda su vida y permanecen hasta la muerte como dos extraños! Han puesto todo en común: trabajo, muebles, proyectos de porvenir, buena y mala fortuna. Pero no supieron poner en común el tesoro que reemplaza a todos los otros y del cual es el espíritu el cofre precioso.

Sin embargo la misma naturaleza nos demuestra, con el simple aspecto exterior de dos viejos esposos, cómo la paciente costumbre puede modelar, no solamente los caracteres, sino también las rasgos del cuerpo. Dos viejos casados terminan por parecerse, no solamente por sus gestos, manías, propósitos, sino que también por no sé qué aire de familia que asemeja sus rostros, como la comunión de sus dos voluntades ha aparentado sus humildes destinos.

Bien entendido, si fuera la mujer la que aportara al hogar las cualidades finas y fecundas con las cuales yo quisiera dotarte a tí, no temas invertir los roles y volverte un discípulo en la escuela de la dicha. Las conciencias que habitan un cuerpo no están siempre de acuerdo con el sexo. A veces hay espíritus varoniles o femeninos distribuídos a la inversa de lo natural.

Sea como sea, recuerda que la vida en dos es una educación permanente; que las virtudes del espíritu educativo se llaman paciencia, constancia, amor.

Recuerda que tú eres un perpétuo creador, que todo emana de tí, imágenes de las cosas, imágenes de los seres, cielos, calles, transeuntes, casas, mujeres, niños bienamados, que depende de tí ser rico en bellas imágenes, adornar tus días con el humano esplendor a que tienes derecho.

ROGER DEVIGNE

(1) *Por error de caja en el número anterior apareció "tratado médico", debiendo ser "tratado inédito".*

RUDOLF ROCKER

Las armas de la guerra

(Conclusión)

III

Entablada una discusión en la conferencia, con motivo de las ideas expuestas por Rocker, nuestro compañero terminó con estas palabras finales:

¡Compañeros! El hondo debate de que fueron objeto mis opiniones, me dió la alegre satisfacción de poder constatar que los representantes de la industria de los armamentos, delegados aquí de todas las comarcas de Alemania, se han declarado unánimemente de acuerdo con mi proposición. Este hecho da a nuestro congreso una significación internacional del mayor alcance. Si no obstante me he decidido a hacer uso de la palabra, es sencillamente para aclarar algunos malentendidos y expresar más claramente algunos puntos de mi discurso para que quede excluída toda obscuridad.

Algunos delegados anunciaron sus dudas sobre nuestro derecho a adoptar aquí una resolución de importancia tan grande sin haber antes demandado el parecer de los obreros en los propios talleres, y yo doy completamente mi aprobación a esas dudas y las expresé sin ambigüedad en la resolución presentada por mí. En un número considerable de establecimientos del Estado los obreros han adoptado ya una actitud en el sentido de mis ideas y rehusado rigurosamente la producción ulterior de utensilios para el ejército. Donde esto no se produjo todavía debe ser tomada ineludiblemente una decisión. Nuestras resoluciones solo tienen un valor si son la proclamación de la voluntad de los trabajadores mismos. No puede ser tarea nuestra, y equivaldría a desconocer nuestro mandato de una manera irresponsable, el adoptar resoluciones por sobre la cabeza de los trabajadores. Nuestra fuerza consiste justamente en eso, en que nuestra acción o nuestra cesión corresponde siempre al conocimiento interno del proletariado de las fábricas y en que nosotros solo damos una expresión pública a ese conocimiento. Creo que después de esta aclaración por mi parte, no puede existir malentendido alguno.

Ahora bien, el compañero Kuhn, de Kiel, ha defendido el punto de vista de que el problema que ocupa hoy más al proletariado alemán, no solo es un problema de fuerza y por consiguiente de ningún modo exclusivamente económico, sino que al mismo tiempo tiene un carácter político. Expresa la opinión que la huelga general, como demostró la experiencia, no es de ningún modo capaz de derribar un sistema político, y que esto puede ser conseguido siempre oponiendo a la violencia de arriba la violencia de abajo. Está bajo la impresión de que la clase obrera no es todavía bastante idealista para rechazar por completo la producción de utensilios para el ejército y que tal vez fuera más práctico continuar la producción de armas bajo ciertas prescripciones, y solo bajo la condición de que el derecho a disponer del material de guerra esté solo en manos de los trabajadores.

Por lo que se refiere a lo último, soy de opinión que un derecho de los trabajadores a disponer del material de guerra sería más difícilmente realizable que la simple negativa a producir dicho material. Un derecho como el concebido por el compañero Kuhn solo podría ser de importancia si los trabajadores tuviesen a su disposición un poder real para llevar a la práctica una resolución semejante y dominar la fuerza brutal de la otra parte. Pero esto lo considero por completo excluído. La época de las revoluciones políticas del viejo estilo, en las que ciudadanos armados se oponían a las fuerzas militares, ha pasado si tenemos en cuenta el estado de nuestra técnica de guerra. La superioridad de la dirección militar y el armamento técnico dará siempre la victoria a la fuerza militar. Las tropas pueden concentrar sus operaciones sobre determinados puntos que sirven de baluarte a los rebeldes, como hemos comprobado de manera tan demostrativa en los acontecimientos de últimos meses en Berlín y en otras ciudades de Alemania. Solo cuando el ejército se pone de parte del pueblo, como en Rusia y el 9 de noviembre en Alemania, existe la posibilidad de una revolución. Pero entonces la aplicación de la violencia con instrumentos técnicos de poder caduca, pues sus condiciones previas han desaparecido. El viejo sistema se derrumba sencillamente porque el fundamento técnico real, el ejército, se le escurrió bajo los piés.

Pero ninguno de nosotros puede tener la intención de querer emplear la violencia por sí mismos, menos aun los socialistas, pues el socialismo contiene en sí la abolición de toda violencia como principio básico. La fortaleza de un gran movimiento cultural no reside nunca en sus instrumentos técnicos de poder, sino en el reconocimiento espiritual de las masas que lo siguen y en el valor moral de sus partidarios. La dictadura terrorista de Robespierre llevó al 9 Thermidor y el 9 Thermidor a la dictadura del sable de Napoleón. Esta es la experiencia de la historia. Creo que todos estamos acordes en esto y yo estoy firmemente convencido de que también el compañero Kuhn lo reconocerá sin vacilación.

Si ahora uno u otro de vosotros quisiera suponer que soy un adversario de la acción política, se encuentra por completo equivocado. Sabeis que el concepto de lo político tiene su origen en la palabra griega "polis", es decir, ciudad, comuna. Todo lo que tiene una influencia en la comuna es político. En este sentido toda gran acción económica, como por ejemplo una huelga general, no solo es una acción económica sino al mismo tiempo política y una acción política de eminente significación.

El malentendido en esta concepto ha sido provocado por el hecho de que en Alemania se ha acostumbrado uno a concebir exclusivamente la acción política como actividad parlamentaria. Pero la actividad parlamentaria en el mejor de los casos solo puede ser considerada como una parte de la acción política y según mi manera de ver es una parte muy insignificante y sin valor. Y debo confesar que soy un adversario decidido y de principio de la actividad parlamentaria.

Parlamentar significa mediar, contraer compromisos, nivelar intereses opuestos. Pero esto es posible solo donde existe un fundamento de intereses comunes. Los partidos burgueses, desde los demócratas hasta los conservadores están en el terreno común del monopolio privado y del Estado político de clases y por consiguiente en el terreno de la misma concepción del mundo. La lucha entre estos partidos gira simplemente en torno a las formas exteriores de estas instituciones, pero nunca en torno a su existencia. Para ellos el parlamentarismo no solo es una institución conveniente y útil, sino también una condición necesaria del orden social burgués, que se pone en situación de nivelar pacíficamente sus intereses recíprocos.

Pero la cosa es muy distinta para el proletariado. Si el monopolio privado y el Estado de clases son para los partidos burgueses siempre el elemento unificador, la existencia de esas instituciones es para la clase obrera la eterna causa de su esclavitud económica y de su opresión política. Para el proletariado se trata en este caso no solo de una diferencia formal, sino de una diferencia de principios, fundada en la esencia de las cosas. Parlamentar significa para los trabajadores imprimir el sello del derecho legal al sistema de la injusticia social, confirmar legalmente la propia esclavitud.

El más libre derecho electoral no es capaz de superar esta oposición. Y aún cuando el sufragio se extendiera hasta los niños de pecho, no se podría colmar el abismo. Toda apelación a la democracia es en este caso habladuría ociosa, pues la libertad política sin la igualdad económica es mentira y autoengaño.

También la afirmación de que la experiencia nos ha señalado que la huelga general no es capaz de derribar un sistema político, según mi opinión, es un desconocimiento de los verdaderos hechos. No olvideis que lo que en este país aconteció hasta ahora no fué una huelga general, sino simplemente rudimentos de tal. Aquí hubo movimientos locales de grandes dimensiones, que estallaron aquí y allí espontáneamente, para declinar de nuevo después de algún tiempo. Lo mismo podemos observar en otros países. Pero esto no prueba nada contra la significación social y política de este violentísimo poder que está a disposición de la clase obrera. Puede servirnos a lo sumo como prueba de que los trabajadores no han llegado todavía a la completa conciencia del enorme poder que tienen en sus manos. Allí donde existió esa conciencia, la huelga general ha probado completamente su fuerza. Lo hemos visto en Rusia en 1905. Todos los movimientos revolucionarios de Rusia, que se sucedieron en el curso de los años y que atacaron el sistema de la monarquía absoluta, se han desangrado a pesar de los enormes sacrificios aportados a su causa. La terrible sublevación de Stenka Ratzin en el siglo diez y seis y la sublevación de Putgachef en el siglo diez y siete, la sublevación de los decabristas en 1825, la actividad de la Zemlia i Volia en 1860-70, la propaganda del movimiento de los "Id al pueblo" y finalmente la heroica lucha de la Narodnia Volia, que llegó a su punto culminante en la ejecución del zar Alejandro II, nada de eso fué capaz de derribar el baluarte del despotismo. Tan solo cuando el desenvolvimiento de la industria llevó el movimiento a las masas y alcanzó desde las ciudades también a vastas masas campesinas, la lucha contra el zarismo tomó otro cariz. En 1905 llegó por fin la hora de la decisión. La revolución se inició con una huelga general de los ferroviarios, que se extendió inmediatamente a todas las demás industrias. El gobierno se vió privado repentinamente de comunicaciones. Los ministros estaban en Zarskoie Selo casi como prisioneros y no podían llegar a San Petersburgo. Toda la vida pública fué completamente paralizada, hasta que finalmente el zar se vió forzado a firmar la constitución. En aquel momento sonó la campana mortuoria del zarismo. No se trata aquí para nosotros de juzgar el valor de la constitución dada, se trata simplemente de establecer el hecho de que la huelga general fué la fuerza política que puso la pluma en la mano del zar para confirmar la abolición de la monarquía absoluta mediante su propia firma.

Veis, compañeros, que la huelga general es capaz de realizar también transformaciones políticas. Ante todo su gran significación como medio de lucha está en que obra como destructora de la organización militar del gobierno. El ejército no es capaz largo tiempo de concentrar sus fuerzas en determinados puntos. Debe dividirse, desmenuzar su organización para poder contener el movimiento en todas partes. Pero con eso disminuye también el efecto hipnótico que obra allí donde el soldado particular es integrado en grandes cuerpos de tropas. Desmenuzado en pequeñas divisiones en el país, está más expuesto al contacto con el pueblo, y la excomunión de la disciplina militar que lo mantiene aprisionado comienza a desaparecer y se vuelve accesible a un conocimiento mejor.

Esto no quiere decir que la huelga general sea una panacea que se debe y que se puede aplicar en todo caso. Esto no es de ningún modo la verdad. La huelga general es un instrumento proletario de poder de tan grande significación, — el arma más poderosa que la clase obrera posee, — que no puede ser puesta en escena a cada instante y en todo momento. No se debe pensar tampoco en aplicarla para realizar demandas de importancia ínfima, pues eso equivaldría a matar pájaros con cañones. La huelga general exige determinadas condiciones psicológicas, debe surgir espontáneamente de la necesidad de la masa misma y recibir entonces, con ayuda de las organizaciones económicas de lucha un carácter unitario. Esta necesidad no puede ser forzada violentamente; debe nacer de la necesidad interna de las masas; inspirada por la solidaridad y el sentimiento de responsabilidad de cada una. No se pueden imponer tales movimientos y aquellos que creen que se puede llevar por el terror una masa a la huelga general, desconocen su más profunda e ineludible condición básica: el reconocimiento íntimo y la conciencia de las masas del poder que descansa en sus manos. Un movimiento violentamente impuesto, que no ha nacido de la decisión voluntaria de los trabajadores mismos, está irremediablemente condenado desde el principio al fracaso. Esto es preciso decirlo de una vez por todas para prevenir toda ambigüedad y para que nos sean ahorradas en el futuro amargas experiencias.

Ahora bien, uno de los delegados berlineses se ha expresado bastante desfavorablemente sobre mis opiniones. Reclamó la continuación de la producción de armas, porque el proletariado tiene necesidad de ellas. Mi mención de las palabras de Berta Suttner: "¡Abajo las armas!", le bastó para mezclarme con los "pacifistas pequeño-burgueses". También expresó la opinión de que actualmente solo Rusia puede servir de maestra.

¡Compañeros! Pienso que ya es tiempo de comenzar finalmente a juzgar los hombres según su carácter y el convencimiento interno de sus ideas y no según la etiqueta de partido. Esto es también un producto de la educación parlamentaria. En el parlamento no decide si o no el juicio personal, sino la resolución de la fracción. Los discursos allí no convencen a nadie, las resoluciones son concebidas de antemano por las fracciones y aún cuando los diputados permanecieran completamente mudos, el resultado de la votación sería el mismo.

Compañeros, comprendamos finalmente que no ofrecemos a la causa del socialismo ningún gran servicio, si conformámonos siempre al espíritu de fracción. Aprendamos finalmente a pensar con independencia y a formarnos un convencimiento propio. Tomemos lo bueno sin importarnos de la parte que procede. ¿Qué importa que una idea proceda de los burgueses, de los socialistas de la mayoría o de un comunista, mientras enriquezca nuestras convicciones? Además el reproche que se me ha hecho es completamente injustificado, pues yo he declarado expresivamente que el grito "¡Abajo las armas!" no basta mientras no dejemos caer los martillos que las forjan. Si se ve en las palabras "Abajo las armas!" un producto de la ideología burguesa, nadie puede disputar que el grito "¡abajo los martillos que forjan las armas!" es la palabra proletaria más genuina que existe.

Por lo que respecta a la constante indicación de Rusia, debe decirse de una vez por todas que la mayoría no tiene hasta aquí ninguna idea clara de las circunstancias de Rusia, pues les es desconocido el carácter del movimiento revolucionario de aquel país. Primeramente no hay que olvidar que las condiciones sociales generales de Rusia no son iguales a las nuestras, y que es imposible trasladar a otros países, sin crítica alguna, la conducta táctica de allí. Rusia es en primera línea un país agrario. Tiene 128 millones de campesinos y solo 4 1|2 de obreros industriales. La mitad de estos últimos no puede ser considerada siquiera como verdadero proletariado de la industria, puesto que trabaja por el verano en el campo y por el invierno en la fábrica. La burguesía industrial de Rusia es por consiguiente una clase proporcionalmente débil y no posee la fuerza de resistencia de las clases capitalistas en Alemania, Francia o Inglaterra. Por lo que se refiere a la socialización en tanto que ha comenzado realmente, se ha desarrollado igualmente en otras condiciones que las que parecen suponer algunos de vosotros. Los campesinos de Rusia están en otra situación que los de la Europa central y occidental. En grandes partes del país vive desde hace muchos siglos en un sistema de posesión común de la tierra y a consecuencia de eso ha recibido hondos sentimientos y representaciones sociales que se buscarían en vano entre los campesinos propietarios de parcelas de Francia y de Alemania. Cuando Alejandro II libertó a los campesinos en 1863 de la servidumbre, les quitó al mismo tiempo más de la mitad de sus campos comunes. Desde entonces el campesino ruso tuvo un solo deseo, retener la tierra y hacer depender su posesión de sus comunas campesinas. Todos los intentos del zarismo para convertir los campesinos rusos a la propiedad priva-

da de la tierra hallaron una tenaz resistencia. Se trasladó grandes masas de campesinos a Siberia y se les distribuyó en parcelas trozos de campo fecundo, pero en el curso de algunos años rechazaron los campesinos las parcelas privadas y volvieron a la posesión comunal de la tierra. También la política agraria de Stolypin, que costó al gobierno ruso diez millones de rublos y cuyo único fin era imponer la propiedad privada a los campesinos, tuvo muy poco éxito.

Después de la revolución, los campesinos procedieron directamente al reparto de los grandes bienes privados entre sus comunas y expulsaron de sus tierras a los propietarios. Esto sucedió mucho antes de la toma del poder político por los bolchevistas, que nunca tuvieron el influjo más mínimo en las grandes masas de los campesinos. El campesino se apropió por sí mismo su derecho y no tuvo jamás gran confianza en el decreto de un gobierno, cualquiera que fuese.

También en las ciudades procedió la socialización de las fábricas de otro modo a como se supone ordinariamente. No fueron capaces de realizarla los decretos y disposiciones del gobierno bolchevista, sino que también aquí se produjo en la mayoría de los casos la socialización de abajo a arriba por los trabajadores mismos. Lo esencial en este aspecto lo hicieron los sindicatos sindicalistas bajo la influencia de las organizaciones *Golos Truda* y *Burevestnik*, ambas de base anarquista sindicalista. Estas organizaciones elaboraron los planes de la socialización en distintas industrias para trasladarlos luego a la vida práctica con ayuda de los trabajadores.

El partido bolchevista, que solo representaba una pequeña minoría en el movimiento socialista general de Rusia, se conquistó la confianza de muchos elementos que estaban cansados de la política de Kerensky por su claro programa de paz?, y con ayuda de los anarquistas, sindicalistas y del ala izquierda de los socialistas revolucionarios, llamada maximalista,, consiguió derribar el gobierno de Kerensky. En el dominio económico su actividad consistió principalmente en sancionar los trabajos ejecutados antes por los organismos sindicalistas. Cuando después el ala derecha de los bolchevistas, que no podía librarse de la táctica de los decretos y de las disposiciones estatales, hizo el intento de dar a la nueva organización industrial una especie de extructura socialista estatista, se produjeron en el mes de mayo de 1918 grandes luchas internas. Pero la invasión de los aliados en Rusia y el avance de los tchecoeslovacos puso por el momento fin a esas discusiones de principio, pues todos los partidos revolucionarios se consideraron en el deber, en vista de la seriedad de la hora, de olvidar las disidencias recíprocas para presentar un frente único a la reacción nacients. Así se desarrollaron los acontecimientos de Rusia. Los sindicatos revolucionarios dieron a los consejos de obreros y soldados un sólido fundamento y una gran claridad de fines, que no habían poseído en el período inicial de su evolución.

Naturalmente las circunstancias en Rusia no son color de rosa. Faltan las materias primas necesarias y los instrumentos de producción. La guerra ha dejado a los rusos la misma herencia terrible que a nosotros en Alemania. Y es claro que en esas condiciones el proceso de la socialización solo puede desarrollarse con grandes dificultades. Pero es igualmente claro que ese proceso solo puede proceder de abajo a arriba, por la organización de los trabajadores. Todo otro camino nos llevaría a un capitalismo de Estado disfrazado y dilataría largo tiempo la realización del socialismo.

Con esto creo haber contestado las diversas objeciones que se produjeron en la discusión general y solo puedo aun agradecerros la atención prestada a la exposición de mis ideas.

* * *

La resolución presentada por Rocker es aprobada por unanimidad.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

VII

El impulso dado por Proudhon al socialismo de los países no-franceses fué muy importante. En su tiempo, a partir de 1840, el encanto y la atracción causados por las ideas saint-simonianas y fourieristas habían pasado a la historia y con Buonarroti murió la influencia secreta que irradiaba desde él por medio de las sociedades clandestinas. Los obreros alemanes que transportaban de París a Suiza y a Londres una propaganda comunista autoritaria y los fourieristas americanos que creaban las comunidades experimentales, esas fueron las manifestaciones más determinadas de un verdadero socialismo inspirado por las escuelas francesas. Aparte de eso, el socialismo que emanó de Francia se convirtió pronto en sentimiento socialista, en socialismo generalizado, poco tangible; la filosofía de Pierre Leroux, el sentimiento social incorporado a las novelas de George Sand y de Eugéne Sué que dieron la vuelta al mundo, la retórica brillante de Lamennais son ejemplos de ello. Un socialismo estatista con soluciones superficiales, fácilmente accesibles a los políticos, fué propuesto por Louis Blanc y se creó esa categoría de políticos que preconizaban la república "democrática y social" (término equívoco que dió nacimiento al término "socialdemocracia"); fueron bravos republicanos, soidisant de tendencias sociales, adeptos de un "socialismo" que no tocaría la propiedad, que sabría vivir de la nada, por decirlo así, del sentimiento de simpatía y de los cumplimientos oratorios de esos bravos hombres. La Montagne de 1848-49 fué la incorporación de ese "socialismo", que no era único. Quedaba aún el recuerdo de un socialismo proletario sin compromisos, que representaba la figura, llamada sombría, de Blanqui, a quien la prisión retuvo de 1839 a febrero de 1848, para devorarlo de nuevo en mayo de 1848 por una decena de años; se sabía que la verdadera revolución rugía en los medios obreros, poco conocidos, que 1848 mostró a la luz del día, pero esa fase del socialismo fué la menos conocida en el extranjero.

Bakunin, al quedar en París desde 1844 a 1847, conoció todos esos matices, pero el único socialista a que estimaba realmente fué Proudhon, con el que tuvo esas famosas largas discusiones mitad filosóficas, mitad económicas que duraban noches enteras. Bakunin estaba entonces ciertamente impresionado por el anarquismo de Proudhon y se encontraron en su federalismo común, pero él poseía un fondo inalterable de socialismo (colectivismo) que no ha debido entenderse nunca con el mutualismo de Proudhon; lo superó también en filosofía radical y tenía otras ideas sobre las nacionalidades. Alejandro Herzen estuvo en relación con Proudhon en 1847 y 49 y admiró su crítica antiestatista y social; pero Herzen no era hombre para entregarse enteramente a un sistema. Kropotkin me ha relatado que en Siberia, hacia 1860-70, hizo la adquisición de las *Contradicciones económicas* (1846) de Proudhon, ejemplar del deportado Mikaïlov, el autor radical muerto en Siberia, ejemplar anotado por éste. Ese fué el primer libro claramente socialista que leyó y fué impresionado y conquistado por sus ideas. Tal vez el diario de Kropotkin, sus notas tomadas en Siberia, recientemente publicado en libro ruso, nos hablará de esas primeras impresiones; no lo conozco todavía. Otro autor ruso, N. Sokolof, cuyo libro *Los refractarios* afectó también a Kropotkin desde temprano, era gran conocedor y admirador de Proudhon.

En Inglaterra había un poco de interés por Proudhon hacia 1848, pero no tuvo ningún movimiento continuado. Solo los individualistas americanos, sobre todo Tucker, tradujeron un pequeño número de sus libros. Aún hace algunos meses John Beverley Robinson, muerto últimamente, hizo aparecer su traducción de la *Idea general de la revolución* (Londres, Freedom); otro antiguo admirador de Proudhon es William C. Owen.

En Italia el primer periódico socialista, *Il Proletário*, de Florencia, redactado por N. Lo Savio (1865) estaba, se dice, bajo la influencia de un proudhonismo de lo más moderado; no lo he visto. Giuseppe Ferrari, el federalista italiano, autor de *Filosofía della Rivoluzione* (1851), pertenecía a los amigos de Proudhon, como el economista español Ramón de la Sagra y el socialista belga Félix Delhasse, en su juventud discípulo íntimo de Buonarroti. Durante su destierro en Francia, F. Pí y Margall, hacia el 60, hizo un gran número de traducciones españolas de Proudhon, cuyo federalismo le atrajo, y el partido republicano federalista en España ha debido fortificar entonces sus ideas por esas lecturas de Proudhon en las luchas contra los republicanos centralistas.

Proudhon halló, pienso, su más grande aprecio en los años entre 1840 y 1851, próximamente, en Alemania. En este país la filosofía hegeliana, desarrollándose de derecha a izquierda, había llegado a un radicalismo filosófico que en algunos ambientes se completó por, y se solidarizó, un radicalismo político y económico muy acentuado. Esto había nacido de la indignación contra la opresión política y de la aversión contra el industrialismo naciente en el oeste del país, y también de las ideas sociales que emanaban de los grandes movimientos sociialistas en Francia y en Inglaterra. Ya algunos años antes una semejante síntesis, pero menos pronunciada, había sido hecha por los literatos del grupo llamado *La Joven Alemania*, entre el saint-simonismo, el liberalismo político, la emancipación de la mujer, el racionalismo religioso y el sentimiento cosmopolita, la idea de la Joven Europa. Esta vez el triple radicalismo de 1840-50 iba más a fondo; Arnold Ruge en política, Karl Marx en economía, George Herwegh en sentimiento de rebelión expresado por la poesía son los tipos más notables de esa evolución intelectual.

Pero la evolución filosófica dió aún un paso hacia adelante, marcado por Ludwig Feuerbach, que da golpes decisivos a las ficciones religiosas, desbarajustadas por la crítica precedente, al mostrar su origen en el hombre mismo. Sus ideas fascinaban a los más avanzados y como él mismo se abstenía de la política y de la economía social militantes y sus ideas contenían una verdadera enseñanza de moral humanitaria, nació la idea de hacer una síntesis de las ideas de filosofía y de moral verdaderamente humanas de Feuerbach y de las de economía y de política libertarias de Proudhon. Ese anarquismo humanitario, el mutualismo de Proudhon penetrado por un espíritu de solidaridad y de libertad moral humana, fué hecho sobre todo por M. Hess y C. Grün en algunos pequeños escritos y artículos escritos en la terminología filosófiaca familiar de los intelectuales de ese tiempo, pero que para el lector moderno exige una cierta iniciación. Esos esfuerzos, por lo demás, fueron pronto discontinuados; Hess pareció haber sufrido la influencia de Marx, pero sin ser nunca de sus íntimos y guardándole algún rencor de rival de fuerza notoriamente insuficiente. Grün, enemigo de Marx, se hizo intérprete estrecho, aunque muy platónico, de Proudhon y no presentó originalidad alguna.

Bakunin amaba también a Feuerbach y en 1844 en París trabajaba en una exposición en francés de las ideas de Feuerbach, escrito que sin duda quedó inacabado y se perdió.

Entre los jóvenes alemanes de Suiza, obreros y literatos, el comunismo autoritario de Weitling, que se apoyaba en el evangelio, fué resistido por un comunismo libertario que se inspiraba en el antiestatismo de Proudhon y por un ateísmo pronunciado que se basaba en los argumentos de Feuerbach. Wilhelm Marr y sus camaradas, el grupo llamado *La Joven Alemania* (no confundirla con los otros dos grupos de ese nombre de 1830-40), personifican esa propaganda, dispersada por las persecuciones y expulsiones suizas en 1845. La historia de este movimiento se encuentra en documentos confiscados y publicados entonces y en un libro de Marr, que hizo algunas otras publicaciones anarquistas más, pero que se perdió en otras direcciones más tarde.

En la primera mitad del cuarenta, un grupo de jóvenes literatos de Berlín, llamados "Los Libres" (die Freien) estaba en su apogeo, el grupo de Kaspar Schmidt (Max Stirner), Edgar Bauer, Ludwig Buhl (estos tres netamente libertarios), de Bruno Bauer y de muchos otros. Una revistita, *Berliner Monatsschrift* (1844), publicada en Mannheim (por razones de censura), reune muestras de sus ideas y en ese mismo año apareció, con fecha de 1845, el libro *Der Einzige und sein Eigenthum* (El Unico y su propiedad) de Max Stirner (Leipzig, 491 págs. 8°).

Ese libro individualista por excelencia no tiene necesidad de ser descrito; es ahora universalmente conocido por traducciones. El original, de lectura difícil, no pudo salir del medio filosófico de su tiempo. Sin embargo fué siempre conocido y accesible y hasta reimpreso en 1882 (Leipzig, 379 págs.) antes que se hubiese hecho propaganda alguna alrededor de Stirner. Se hizo realmente popular en Alemania por otra reimpresión en una serie que fué entonces muy barata; esto es debido ya a J. H. Mackay, que, fascinado por Stirner, se hizo su biógrafo, recogiendo la tradición de su ambiente en el momento en que iba a ser interrumpida por la muerte. Tenemos pues *Max Stirner, su vida y su obra* (Berlín, 1898, X, 260 págs.) y una colección de escritos esparcidos de Stirner (*Escritos menores*, 1898, 185 págs.), de los cuales fué publicada una edición mucho más completa en 1914 (417 págs.) Sin embargo, para darse cuenta del rol de ese círculo de los *"libres"*, cuya acción, por ejemplo, por la colaboración en múltiples periódicos radicales, fué bastante amplia, hay que examinar por sí mismo algunas antiguas publicaciones raras, si no perdidas y aún documentos, correspondencias, etc., más o menos inéditas, trabajo hecho por primera vez por el doctor G. Mayer (publicado en 1913).

Para describir todo ese anarquismo naciente, al lado de ese trabajo del doctor G. Mayer, el mismo que ha publicado también una multitud de documentos que tratan de la época *premarxiana* de F. Engels, es preciso consultar una pequeña literatura histórica bien trabajada que se formó alrededor de Hess y de Grün (a quienes no se conoce habitualmente más que a través de las desfiguraciones que Marx dá de ellos en sus escritos llenos de hiel). Engels mismo rondaba el ambiente de Stirner y en una sátira en verso muy bien hecha, lanzada por Engels sin nombre de autor en 1842 (Neumünster bei Zurich, 47 págs.), Stirner es esbozado (como tantos otros, sin indicar los nombres) por esta nota: Cuando los otros gritan: "¡Abajo los reyes!, él grita: *Weg Satzung und Gesetz*... "¡abajo también las leyes!". Se convendrá que esa línea prueba dos cosas: que Stirner en 1842 era anarquista consciente y que el joven Engels sabía también perfectamente darse cuenta de ese hecho y de lo que es la anarquía. Por una carta de Engels a Marx del 17 de marzo de 1845 sabemos también que Engels había leído mucho tiempo antes de ese año la *Justicia política* de Godwin; en 1845 los dos amigos estaban ya resueltos a demoler literariamente toda concepción diferente de la suya; se trabaron sucesivamente con los hermanos Bauer, con Max Stirner, con C. Grün y con Proudhon.

Hubo también en esa época una especie de *super* Stirner que se llama Schmicht (1819-1864), como él y que fué pedagogo apacible igualmente; en dos libros publicados en 1846 llega a tratar, por decirlo así, el *único* de Stirner como filisteo y reaccionario. Stirner le ha tirado de las orejas en la revista *Epigonen* de Leipzig.

Se publicó entonces y en el cincuenta todavía gran número de traducciones de Proudhon, por Grün, W. Jordan, Th. Opitz, L. Bamberger, Arnold Ruger, Ludwig Pfau, etc. Pero este interés se extinguió en el 60 y no fué renovado más que individualmente. Desde 1872 el médico doctor A. Mülberg, (nacido en 1847, fallecido ya), hizo múltiples publicaciones proudhonianas ortodoxas. Los anarquistas individualistas reconocieron a Proudhon sin profundizarlo.

(*Continuará*).

Max Nettlau